

SERVICIO
SECRETO

SS

ESTE MUNDO DESAGRADECIDO

Lou Carrigan



SOLO MAYORES DE **18** AÑOS

Archibald Arlington era un hombre metódico y ordenado. No dejaba jamás nada a la improvisación, todo lo tenía estudiado y previsto, y, cuando aparecía algo nuevo en su vida, lo estudiaba muy meticulosamente, desde todos los puntos de vista posibles.

No es que fuese en exceso desconfiado, ni que careciese de imaginación, ni mucho menos. Bueno, desconfiado, sí, por aquello de la deformación profesional. Sabía perfectamente que la cosa más simple e ingenua en apariencia podía esconder cosas insospechadas. De modo que nunca aceptaba las cosas al primer golpe de vista. Por ejemplo, si a cualquiera le enseñan un zapato y le preguntan:

—¿Qué es esto?



Lou Carrigan

Este mundo desagradecido

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1554

ePub r1.0

Lds 26.01.19

Título original: *Este mundo desagradecido*

Lou Carrigan, 1980

Cubierta: Miguel García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Archibald Arlington era un hombre metódico y ordenado. No dejaba jamás nada a la improvisación, todo lo tenía estudiado y previsto, y, cuando aparecía algo nuevo en su vida, lo estudiaba muy meticulosamente, desde todos los puntos de vista posibles.

No es que fuese en exceso desconfiado, ni que careciese de imaginación, ni mucho menos. Bueno, desconfiado, sí, por aquello de la deformación profesional. Sabía perfectamente que la cosa más simple e ingenua en apariencia podía esconder cosas insospechadas. De modo que nunca aceptaba las cosas al primer golpe de vista. Por ejemplo, si a cualquiera le enseñan un zapato y le preguntan:

—¿Qué es esto?

... Esa persona contesta:

—Un zapato.

Archibald Arlington, no. Miraba el zapato, lo tocaba, lo remiraba, reflexionaba, y, finalmente, decía:

—Parece un zapato.

Pero imaginación tenía. Seguro que sí. Con seguridad, a pocos hombres se les habría ocurrido escribir un tratado sobre el crecimiento de la hierba. A Archibald, sí. ¿Aburrido? No, señor: simplemente un ejercicio para desarrollar el poder de observación. Esto aparte, Archibald tenía otra cualidad que pocos conocían: un finísimo sentido del humor, que se ponía en evidencia precisamente en ese tratado sobre el crecimiento de la hierba.

Otra cosa que tenía Archibald en su chalé de Silver Spring era un tren eléctrico. Esto ya no tiene tanto mérito, porque son muchos los hombres que lo tienen, a los treinta y dos años; y hasta muchos de más edad que Archibald. Sólo que a muy pocos se les habría ocurrido sacar auténtico provecho al tren, y Archibald era uno de

esos pocos...

Pero decíamos que Archibald Arlington era un hombre metódico y ordenado. Ciertó. Las únicas licencias que se permitía en este sentido era la del tren eléctrico, que recorría todo el salón en un tremendo lío de vías, y su gato siamés llamado «Dog»; nombre que, bien se ve, reflejaba la imaginación de Archibald^[1]. Por lo demás, todo en orden siempre, todo limpio, todo en su sitio.

Archibald llegaba a su chalet de Silver Spring todos los días a las cinco y veinticinco de la tarde, minuto más, minuto menos. Esos veinticinco minutos desde las cinco era el tiempo que tardaba en recorrer con su coche la distancia entre su casa y la Central de la CIA en Langley, donde trabajaba Archibald.

¿Qué hacía Archibald cuando regresaba de su trabajo en la Central de la CIA? Pues descansaba.

Llegaba, dejaba su portafolios en el armario del vestíbulo, colgaba su chaqueta y se ponía el viejo jersey, aceptaba entonces que «Dog» saltase a uno de sus hombros, y, con el gato encima, se preparaba un *whisky*, se sentaba en un sillón, encendía un cigarrillo, y ahí se las diesen todas. Al que no le gustaba el cigarrillo era a «Dog». En cuanto Archibald lo encendía, el gato saltaba de sus hombros, y se acomodaba en otro sillón frente a su amo, al que se quedaba mirando con tal expresión de afecto y amistad que enterneecía al hombre de la CIA.

—¿Sabes lo que voy a hacer cualquier día de éstos, «Dog»? Te voy a traer una gatita.

¿Qué te parece?

—Maaaooooo...

—Es una buena idea, ¿no es cierto? Sólo tiene un inconveniente: que me vais a llenar la casa de gatitos. Claro que ése es el meollo del asunto, lo sé. La clase de vida que llevas tú rió es admisible, muchacho. Es como si a mí me dijeran que jamás voy a ver una mujer... Espantoso.

—Miaaaooooaoao...

—Y castrarte no me parece decente, la verdad. Muchacho, ¡ésa sí sería la gran putada de tu vida! Apuesto a que antes que eso preferirías que te hiciese un agujero en la puerta para que pudieras salir a procurarte tú mismo una novia cuando fuese necesario. Pero no sé si eso sería prudente. Y te diré por qué: tienes cara de

cachondo, y si realmente lo eres, me ibas a crear muchos compromisos en la zona, al convertir en mamás a un montón de gatitas. Nos iban a hacer muchas reclamaciones, amigo mío.

También era frecuente que Archibald se dedicase a escuchar música. O que jugase con el tren eléctrico. O que leyera. O que escribiera. No, señor, no era de los que se aburrían estando solo. Más bien sucedía lo contrario: le aburría la bebería de la gente. Sí, era una vida tranquila, silenciosa y confortable la de Archibald Arlington. Pero ya se sabe que nada es eterno, que todo tiene un fin.

Y a veces, las cosas más complicadas comienzan del modo más simple. Por ejemplo, un timbrazo.

Esto fue lo que sucedió aquella tarde de octubre cuando Archibald, gato en hombro, se estaba preparando su *whisky*: sonó el timbre de la puerta. Lo cual era tan absolutamente inusual que Archibald quedó pasmado, atónito, incrédulo.

—¿Tú qué dices, «Dog»? ¿Han llamado o ha sido imaginación mía?

—Miaaoaoaoao...

El timbre volvió a sonar cuando el gato estaba todavía haciendo gala de su variada escala sonora. Archibald movió la cabeza, dejó el vaso de *whisky*, y, sorteando las vías del tren que circulaba por todo el salón, se dirigió hacia la puerta, por cuya mirilla gran angular echó un vistazo.

Era una mujer. Parecía bonita, pero no podía asegurarlo, porque veía su cara un poco deformada. Rubia, eso sí.

Archibald abrió la puerta.

—¿Señor Arlington?

En realidad, no era una pregunta, sino una fórmula. Archibald supo enseguida que aquella muchacha sabía que él era el señor Arlington. Una muchacha preciosa, de unos veinte años, muy bien vestida, ojos azules, boca preciosa, piel dorada, expresión inteligente... Un bombón.

—Sí. ¿Qué desea?

—¿Sería tan amable de recibirme unos minutos? —sonrió la muchacha, mirando a «Dog» sobre el hombro de Archibald.

—No se moleste, pero... ¿vende usted algo, señorita?

—No, no.

—Lástima. Tengo precisión de comprar una lavadora nueva. La

actual está que se cae.

—Estoy segura de que solucionará eso adecuadamente. Es un gato muy bonito.

—¿Has oído, «Dog»? ¡Dale las gracias a la señorita!

—¿Se llama «Dog»? —rió la muchacha—. ¡Esto sí que es curioso!

—Reconozco que sí. Bien, pase... ¿La envía alguien, quizá?

La muchacha entró, sin contestar a la pregunta. Archibald cerró la puerta, y se quedó mirándola expectante, pero la respuesta no llegó. La chica tenía clase de verdad, esto podía verlo Archibald con medio ojo solamente.

—Yo no tengo prisa —dijo Archibald—, de modo que será su tiempo el que vamos a consumir, no sé si con provecho o sin él... ¿Le gustaría tomar un *whisky*?

—Oh, sí, muchas gracias. ¿Es posible con soda?

—Desde luego.

El fino instinto de Archibald le estaba diciendo que no había nada de vulgar en aquella visita. Nada de trucos publicitarios, nada de ventas, nada de prostitución a domicilio, nada de encuestas...

Descendieron los dos peldaños que separaban los niveles del recibidor y del salón, y Archibald señaló un sillón, diciendo:

—Le agradecería que no pisara el tren.

—No se preocupe.

La mirada de Archibald fue hacia el portafolios que la muchacha sostenía con la mano izquierda. Luego miró las esbeltas, preciosas piernas. Y pudo verlas mejor cuando la visitante se sentó en el sillón y las cruzó. Tenía unas rodillas perfectas. Archibald fue al bar, sirvió otro *whisky*, dos cubitos, un poco de soda... Se sentó en su sillón preferido, puso el vaso de *whisky* en uno de los vagones del tren, y preguntó:

—Está usted en El Paso, Texas, ¿no es cierto?

La muchacha se desconcertó un instante. Luego miró la estación miniatura que tenía cerca de sus pies.

—Sí, en efecto: El Paso, Texas.

—Pues allá va.

Archibald accionó determinados mandos, y el tren de carga se puso en marcha, efectuó su recorrido cambiando de vías, y llegó en pocos segundos ante la visitante, que sonrió una vez más, se inclinó y tomó el vaso. Archibald estaba encendiendo un cigarrillo, así que

el gato saltó de su hombro y fue a ocupar otro sillón.

—Salud, señor Arlington —alzó su vaso la muchacha.

—No creo que mucha, fumando y bebiendo *whisky* —movió la cabeza Archibald—, pero algún vicio se ha de tener.

—Eso es una tontería.

—En efecto. Pero como estoy acostumbrado a hablar con gente que ha tomado esa postura... ¿Usted no fuma?

—Ocasionalmente.

—Eso está bien, señorita... señorita...

—Winifred.

—Winifred —asintió Archibald—. Bien, ¿en qué puedo servirla, señorita Winifred?

—¿Soportará su tren el peso de este portafolios? —preguntó a su vez la muchacha.

—Podemos probar.

—¿Y si hay un descarrilamiento?

—Socorreremos a las víctimas.

Winifred colocó el portafolios cuidadosamente en el mismo vagón descubierto en que había llegado su vaso de *whisky*. El portafolios partió desde El Paso, Texas, hacia New Orleans, Louisiana. No hubo descarrilamiento, ni víctimas, por tanto. Archibald miró el portafolios y luego de nuevo a Winifred.

—Ábralo, por favor, señor Arlington.

Archibald miró de nuevo a la muchacha. Y otra vez el portafolios. Y de nuevo a Winifred... Aquello *parecía* un portafolios, pero... ¿lo era? Bueno, tampoco podía contener nada demasiado malo. Una bomba de la necesaria potencia para matarlo a él también podía matar a Winifred, la cual, captando la desconfianza de Archibald, dijo:

—Le aseguro que no hay nada que pueda perjudicarle. Al contrario.

Al contrario. Muy bien, eso quería decir, obviamente, que iba a beneficiarse. Archibald agarró el portafolios, lo puso sobre sus rodillas, y lo abrió.

Estaba lleno de fajos de billetes, todos nuevos, como recién sacados del Banco. La cantidad no era ni mucho menos insignificante. Miró otra vez a Winifred.

—Doscientos cincuenta mil dólares —dijo ésta—. Son para

usted, señor Arlington.

—Muchas gracias. ¿Un poco más de *whisky*?

—No, no.

—Como quiera. Oiga, señorita Winifred, ¿no sabrá usted por casualidad de alguien que disponga de una gatita siamesa de la que quiera desprenderse?

—Mmm... Pues no. No. En estos momentos no recuerdo a nadie, señor Arlington.

—Bueno, supongo que tendré que comprarla. Si me resisto a hacerlo no es por tacañería, claro. Ocurre que en las tiendas de animalitos suelen vender éstos cuando son cachorros, así que me temo que será difícil encontrar una gatita adulta. Bueno, no demasiado, claro; tampoco se trata de casar a «Dog» con una anciana.

—Quizá un anuncio en los periódicos solucionaría ese problema —sugirió Winifred.

—Sí, quizá. Lo malo es que «Dog» y yo somos exigentes, y a lo peor el alma de buena fe que nos ofreciera la gatita se ofendería si la rechazábamos.

—Usted es un hombre inteligente, señor Arlington, pero yo creo que debería dejar que fuese «Dog» quien solucionase esa parte de la cuestión.

—Caramba, tiene razón... Porque es más que posible que la gatita que no me gustase a mí lo volviera loco a él. ¿Me dice su apellido y su dirección, señorita Winifred?

—¿Para qué?

—Pues, cuando la novia de «Dog» tenga gatitos, tendré mucho gusto en enviarle uno.

¡Qué menos puedo hacer por usted...!

—Señor Arlington, espero que haya comprendido que por doscientos cincuenta mil dólares deberá hacer algo más que regalarme un gatito.

—¿Por ejemplo?

—Una cosa bastante sencilla para usted: tomar unas cuantas fotografías. Bueno, digamos... microfotos.

—Ya.

—Usted es agente de la CIA.

—Más o menos. Si se refiere usted a los de capa y espada, a esos

que van por el mundo convenciendo al personal de que son héroes maravillosos, no.

—Pero ¿es usted agente de la CIA o no?

—Soy analista de la CIA. Es decir, de esos empollones que analizan todas las noticias que aparecen en los periódicos, informes, documentos, estatutos, hechos, guerras, etcétera... y obtienen conclusiones que a las personas corrientes no se le ocurrirían. Digamos que mi oficio es sospechar de todo y de todos, buscarle los tres pies al gato, remover cielo y tierra, oler donde a nada huele, analizar todo lo que cae en mis manos susceptible de contener más de significado. Si por ejemplo usted anuncia en los periódicos su boda, yo leeré la noticia, y me pondré a pensar: ¿qué trata de decir realmente la señorita Winifred con eso de que se casa? ¿Por qué se casa con Fulano? ¿Quién es él? ¿Realmente se aman? ¿Está ya embarazada la señorita Winifred? ¿Estuvo alguna vez en Rusia? ¿Le gustan los cacahuetes? ¿A quién o a quiénes ha invitado a la boda? ¿Por qué a éste y no a aquél? ¿A qué se dedica el novio? ¿De dónde procede? ¿Cuántos...?

—Le he comprendido ya, señor Arlington.

—Muy bien. ¿Qué clase de microfotos quiere usted?

—¿Acepta?

—Dígame antes qué debo fotografiar.

—Señor Arlington, si hago eso y luego usted rechaza hacerlo, quedaría en sus manos, pues usted sabría qué es lo que nos interesa.

—¿A quiénes?

—Oh, no... ¡Preguntas a mí, no!

—Me parece que no vamos a entendernos.

—Lo lamento. En ese caso, todo lo que tengo que hacer es recoger mi dinero y...

—Poco a poco, amiguita —sonrió secamente Archibald—. No va a salir de aquí tan fácilmente.

—¿Qué quiere decir?

—¿Pretende burlarse de mí? —Gruñó Archibald—. Lo que quiero decir está bien claro: voy a llamar ahora mismo a la Central para que me envíen unos cuantos muchachos de esos que sí saben cómo tratar a la gente como usted. Tendrá que explicarles a ellos...

—¡Dean! —gritó Winifred.

La puerta del chalet se abrió fuertemente, y en el umbral

apareció un sujeto alto, atlético, rubio y hermoso, empuñando una pistola con silenciador que apuntó firmemente hacia Archibald. Éste, tras un respingo, se quedó mirando la pistola, pálido. Luego, despacio, desvió la mirada hacia Winifred.

—Lo siento por usted —murmuró la muchacha—. Le habría ido mejor aceptando mi proposición. Claro que... todavía está a tiempo, señor Arlington.

Archibald se pasó la lengua por los labios, y volvió a mirar la pistola que le apuntaba. Luego, alzó los ojos hacia los del llamado Dean. Unos ojos claros, inteligentes, que le contemplaban con una inexpresividad escalofriante.

—¿Quizá prefiere cambiar de idea, señor Arlington? —ofreció todavía Winifred.

—No.

—Dean, mátalos.

El llamado Dean acabó de extender el brazo, apuntó al pecho de Archibald, y disparó. Plop, sonó apenas el disparo.

Archibald se estremeció, quedó lívido... pero no notó impacto alguno de bala en su pecho, ni en parte alguna del cuerpo. Con ojos desorbitados, miró a Winifred, de nuevo a Dean, otra vez la pistola...

—Está bien, Dean, gracias —dijo Winifred—. Espérame fuera, por favor.

Sin decir palabra, Dean se guardó la pistola, salió de la casa, y cerró la puerta. La mirada de Archibald fue hacia Winifred, que le contemplaba ahora amablemente.

—Siento mucho haberle dado este susto, señor Arlington, pero tenía que asegurarme respecto a usted, pese a sus buenos informes.

Archibald quiso hablar, pero ni un solo, sonido brotó de su boca. Se estremeció de pronto, y acto seguido se pasó las manos por la cara; no habría sabido decir qué estaba más fría, la cara o las manos.

—De verdad lo siento —insistió la muchacha.

—Maldita sea su estampa... —jadeó Archibald.

—Reconozco que me lo merezco. ¿Por qué no termina su *whisky*?

Archibald tomó el vaso, masculló algo al observar el leve temblor de su mano, y terminó el *whisky* de un trago. Se dio cuenta

de pronto de que tenía húmeda la frente, y se pasó por ella la manga del jersey.

—Señor Arlington, una persona cuyo nombre no voy a decirle de momento aunque me mate, me recomendó a usted. Pese a la confianza total que me merece esa persona, yo he querido asegurarme personalmente de que usted es un hombre leal y honesto. Por favor, perdóneme el susto que le hemos dado.

—Pero... ¿qué demonios se propone usted? —graznó Archibald.

—Tras ponerle a prueba y convencerme de que puedo confiar en una persona como usted, espero convencerle para que me ayude a salvar al mundo de una catástrofe total.

—¿Qué?

—Hay un porcentaje muy elevado de posibilidades de que el mundo pueda saltar en pedazos en cualquier momento, señor Arlington. Se me ocurre que quizá usted y yo lleguemos a tiempo de impedirlo. Pero, usted y yo solos, sin intervención de nadie más. Todo lo que no sea esto, y además muy bien hecho, podría ser contraproducente, precipitar los acontecimientos.

—¿La... catástrofe?

—El holocausto mundial, señor Arlington. Y por favor, no estoy bromeando ahora, ni estoy loca.

—Bueno —comenzó a recuperarse Archibald—, digamos que sólo está exagerando un «poquito». ¿Lo dejamos así?

—Si no se lo va a tomar en serio es mejor que nos separemos amistosamente y nos olvidemos el uno del otro, señor Arlington.

—Eso ya no va a ser posible —sonrió el hombre de la CIA—: acabo de enamorarme de usted. ¡Y no me diga que eso le parece una broma o una tontería!

—Una tontería, no, porque soy muy bonita —sonrió la muchacha—, pero sí podría ser una broma. Tengo entendido que, en general, tiene usted un humor de lo más fino: a pocas personas se les ocurriría escribir un libro sobre sus observaciones del crecimiento de la hierba.

Archibald ladeó la cabeza.

—Esa persona que le ha hablado de mí —murmuró— debe conocerme muy bien, señorita Winifred.

—Ya se lo he dicho. Bien: ¿acepta usted, señor Arlington?

—Escuche, no es tan fácil. Yo tengo un empleo, así que...

—Podemos dejar pasar esta semana, pues no creo que venga ahora de tres días. Mañana pide usted algunos días de vacaciones para el lunes...

—¿Y mi gato? Tendré que buscar quien lo cuide... lo que no me gusta demasiado.

—Puede usted llevarlo de viaje. Le buscaremos un buen acomodo, y podrá verlo a menudo... Me gustan las personas que no olvidan sus afectos, señor Arlington.

—Ya. ¿Adónde tendré que ir, y durante cuántos días?

—Lo ideal sería que pidiese usted quince días de vacaciones, y si le sobran mejor.

¿Puede conseguir quince días?

—Creo que sí.

—Entonces, señor Arlington. —Winifred se puso en pie—, ya tendrá noticias mías. Por favor, no me acompañe a la puerta, gracias. Adiós, «Dog».

Segundos después, Archibald Arlington estaba sólo de nuevo. Con su gato. Ciertamente que pensó en mirar por la ventana en un intento de ver quizá el coche de Winifred y el llamado Dean, pero comprendió que, aunque lo consiguiese, no le serviría de nada. Luego, miró el teléfono. ¿Tenía que avisar a la Central? Su instinto le decía que no, basándose en el hecho de que Winifred supiera lo de su libro... todavía inédito, naturalmente. ¿A quién podía interesarle un libro sobre el crecimiento de la hierba?

Bueno, todavía tenía tres días para reflexionar sobre el asunto. Un asunto que podía representar una catástrofe mundial... ¿Y él podía salvar al mundo de una catástrofe? ¿El, Archibald Arlington?

Graciosísimo.

Y de pronto, se dio cuenta de otra cosa todavía más graciosa: la señorita Winifred se había olvidado su portafolios con los doscientos cincuenta mil dólares.

—Somos ricos, «Dog» —miró al siamés—. ¡Millonarios en centavos!

CAPÍTULO II

A partir de este momento comenzaron a suceder cosas en la vida de Archibald Arlington. Cosas importantes y cosas menos importantes, pero se terminó la rutina.

Por ejemplo, a la mañana siguiente, y antes de que él se fuera a su trabajo, llegó una camioneta, de la que se apearon dos hombres que descargaron la más moderna de las lavadoras automáticas que podía encontrarse en el mercado. Y poco después, cuando Archibald ya había desistido de hacer comprender a los dos hombres que él no había comprado «todavía» una lavadora nueva, llegó otro hombre, más elegante y estirado, pero cordial, que se interesó por su libro sobre el crecimiento de la hierba.

—Nosotros, señor Arlington —dijo—, estamos publicando hace tiempo una colección dedicada a temas poco corrientes, y hemos pensado que su libro merece un puesto en esa colección.

—Es usted muy amable, señor... señor...

—Paddington —sonrió el hombre.

—Gracias. Es usted muy amable, de veras. Pero dígame: ¿quiénes son «nosotros»?

—Oh, bueno, represento a un grupo editorial cuya casa matriz está en Nueva York, naturalmente. Por supuesto, somos una empresa de ámbito mundial, lo que significa que en breve su libro será traducido prácticamente a todos los idiomas cultos del mundo.

—¿Al griego, por ejemplo?

—Al griego, sí, pero al latín, no —rió el hombre—. ¿Tiene usted el original disponible?

—¿Ya?

—El tiempo es oro, señor Arlington.

—El caso es que me gustaría hacer algunas correcciones de estilo

que...

—Tenemos un equipo especial para esas cosas. Naturalmente, en cuanto tengamos las primeras pruebas del libro será sometido a su aprobación definitiva.

El señor Paddington se marchó con una copia del libro sobre el crecimiento de la hierba, y reflexionando sobre el título propuesto por Archibald. ¿Podría el libro titularse? ¡Oh, mullida hierba tibia del sol!, ¿qué dulce canción emites al crecer?

Se estaban despidiendo ya los dos sujetos que habían instalado la lavadora y se llevaban la vieja, cuando todavía llegó otro visitante. Un tipo alto, simpático, que portaba una cesta. Al ver la cesta de mimbre, Archibald lanzó una exclamación, y se volvió hacia su gato.

—¡«Dog»! —exclamó—. ¿Te apuestas a que te traen una novia?

Pero no, la cesta era para transportar gatos, ciertamente, pero estaba vacía. Es decir, aparte de un sobre que contenía un pasaje de avión para el lunes siguiente, de la North American, para el vuelo Washington-Chicago. ¡Chicago!

—Muchacho —movió la cabeza mirando a «Dog», que olisqueaba la cesta—, ¿a que nos hemos metido en una banda de gangsters?

«Dog» no hizo caso de la broma, y continuó olisqueando la cesta con sorprendente entusiasmo. Archibald Arlington miró su reloj, lanzó una exclamación, y salió disparado hacia su trabajo. ¡Tendría que rodar a toda velocidad si quería ser tan puntual como siempre...!

* * *

El avión tomó tierra en el O'Hare International Airport, y Archibald Arlington se dirigió en busca de su equipaje y de la cesta en la que había viajado «Dog». Cuando, ya con todo esto a su disposición, parecía no saber qué hacer, se le acercó un hombre.

—¿Me permite ayudarle, señor Arlington?

—¿A qué? —se interesó Archibald.

—A llevar sus cosas al coche. Tengo que llevarlo a su destino, si le parece bien.

—Si no me pareciera bien me habría quedado en casa.

El hombre sonrió, y se hizo cargo de la maleta y de la cesta de mimbre, mientras Archibald lo hacía de la maleta pequeña y del maletín de viaje. Poco después, rodaban por Eisenhower Expressway, en dirección al centro de la ciudad. Pero no iban al centro, sino hacia la orilla del lago Michigan. El coche se detuvo finalmente en el embarcadero para yates. Otros pocos minutos más tarde, siguiendo al amable acompañante, Archibald Arlington abordaba un precioso yate que tenía el nombre de *Starlett*.

Y allí, en el precioso salón de aquel yate, Archibald se reunió, finalmente, con la señorita Winifred, que estaba bellísima, juvenil, fresca como flores en día de lluvia, elegantísima con su vestido de mañana de cierto aire deportivo.

—Ah, señor Arlington —acudió hacia él la muchacha, tendiéndole las manos—. ¡Me alegro tanto de verle! ¿Ha tenido buen viaje?

—Sí, gracias. «Dog» y yo hemos tenido buen viaje... y también nos alegramos de verla. Dígame: ¿vamos a hacer un crucero por los grandes lagos, o saldremos a mar abierto por el canal?

—Por el momento, ninguna de esas cosas, pero todo podría suceder.

—Eso es cierto. Después de lo que me sucedió el viernes por la mañana soy capaz de creer cualquier cosa.

—¿Qué le sucedió?

—Me instalaron una lavadora nueva y me visitó un tipo que dice que va a publicarme.

¡Oh, mullida hierba tibia del sol!, ¿qué dulce canción emites al crecer?

Winifred se echó a reír, de tal modo, con tal gracia, que Archibald le habría atizado de buena gana un mordisco a aquella preciosa garganta palpitante.

—Venga, señor Arlington. Y traiga a su gato: quiero presentarles a cierto personaje. Recorrieron el pasillo de camarotes, entraron en uno de éstos, muy pequeño, hacia proa, y Winifred señaló la litera. Sobre ésta, lánguidamente tendida, deliciosamente péfidos sus bellos ojos gris-verde-azul, una preciosa gatita siamesa los contempló con señorial indiferencia. Y todavía dentro de la cesta, «Dog» dijo:

—¡Miaoaooooo...!

—¡Atiza! —exclamó Archibald—. ¡Otro gato!

—«Dog» se ha dado ya cuenta de que no es *un* gato, sino *una* gata. A propósito, su nombre es «Popsy». ¿Hacemos la presentación formal o dejamos que ellos se entiendan, señor Arlington?

Archibald reflexionó brevemente, y negó con un gesto.

—Dejemos que el amor surja espontáneamente.

—Estoy de acuerdo con usted. Como ve, señor Arlington, no hemos olvidado ni siquiera a su gato.

—Gracias en nombre de los dos. —Archibald abrió la cesta—. Bueno, «Dog», ahí tienes eso... ¡La vida empieza para ti, muchacho!

—¡Miiiiiaaoooo...!

—Me alegra que te guste.

Riendo, Winifred salió del camarote, y cerró la puerta cuando lo hubo hecho Archibald. Poco después, estaban sentados en el salón, fumando. Archibald colocó sobre la alargada mesita un paquete que sacó de la maleta pequeña.

—El otro día se olvidó usted esto en mi casa —dijo.

Winifred rompió una punta del paquete, y vio el fajo de billetes. Miró sorprendida a Archibald.

—Quedó claro que este dinero era para usted si aceptaba, señor Arlington.

—¿Hablamos en serio, señorita Winifred?

—Por supuesto.

—Bien. Quiero decirle que he tomado mis precauciones para todo este extraño asunto. Si usted está haciendo algo... honesto o beneficioso para alguien, y realmente todo tiene que ser así, tan... misterioso y enigmático, yo estoy dispuesto a seguir el juego. Pero si resulta que todo es una extraña trampa cuyo alcance no consigo de momento entender pese a mis reflexiones, tendrá que lamentarlo. Espero que me haya entendido.

—¿Qué clase de precauciones ha tomado usted?

—Las convenientes y necesarias. Pero insisto, si hay algo que hacer que entre dentro de los límites de mi mentalidad y mi moralidad, sólo haré una pregunta: ¿cuándo empezamos?

—Ya hemos empezado —murmuró Winifred—. Ya estamos en marcha, señor Arlington.

—¿Seguiremos relacionándonos en este asunto?

—Desde luego.

—Entonces, suprimamos eso de «señor» y «señorita»; me resulta un tanto fatigoso. Bien: ¿qué tengo que hacer?

—Localizar una bomba atómica de fabricación... casera que está instalada en algún lugar a punto de disparo.

Archibald parpadeó, y se pasó la lengua por los labios... ¿Una broma? ¿Una broma en la que estaban en juego como si fuesen calderilla un cuarto de millón de dólares?

—¿A qué llama usted una bomba de fabricación casera?

—Digo casera porque ha sido fabricada privadamente, pero la bomba es de veinte megatones.

Archibald palideció. Abrió y cerró la boca un par de veces, antes de poder decir:

—Cabe la posibilidad de que le hayan tomado el pelo a usted.

—No. Lo sé bien, porque quien la está... manejando es mi bisabuelo. La bomba existe. Archibald se pasó una mano por la frente. No, todavía no sudaba.

—Veamos, Winifred... Veamos. ¿Cómo se le ha ocurrido recurrir a mí para esto? Es absurdo. Si me colocaran delante de una bomba atómica no sabría qué hacer. Es más, a lo mejor me parecería que era una lavadora, o algo así. En cambio, hay en la CIA personal adecuado para manejar un artefacto como ése. Y en el Pentágono le habrían proporcionado a usted...

—Se lo explicaré en pocas palabras, Archie: si mi bisabuelo llega tan sólo a sospechar que algo no está funcionando según sus planes, es más que posible que decida hacer explotar esa bomba, a la que llamamos Nancy.

—¿Su abuelo está loco?

—Me temo que un poco —admitió la muchacha—. Sólo un poco. Pero eso ya es más largo de contar. Lo que me preocupa ahora es cómo impedir que Bis cometa una locura... irreparable. Oh, usted ya ha entendido que Bis es mi bisabuelo.

—Sí... Bien, usted dijo que si esa bomba explotaba podía ocasionar una catástrofe mundial, pero yo considero que aunque veinte megatones es algo muy serio, la cosa no sería para tanto. Digamos que sería un mordisco en Estados Unidos. ¿O no está instalada la bomba en Estados Unidos?

—Sí, lo está. Archie: ¿qué cree usted que pensarían en Washington si una bomba atómica explotase en el centro del país?

—Pues no lo sé...

—Usted es analista, y por eso precisamente he recurrido a usted. ¿No se le ocurre qué pensarían? ¿No le parece que *una* de las cosas que podían pensar sería que esa explosión nuclear tenía algo que ver con una... desconcertante pero evidente agresión o sabotaje ruso... y que la consecuencia de ello fuese que Estados Unidos *quizá* replicase o bien directamente o bien provocando un «accidente» similar en Rusia?

—Dios mío —jadeó Archibald.

—¿Le parece eso posible?

Archibald volvió a pasarse la mano por la frente, que ahora sí estaba ligeramente húmeda.

—¿Qué puedo hacer yo? Ya le digo que no entiendo de...

—Lo que yo quiero, Archie, es un analista, precisamente. Digamos, un hombre inteligente y sereno capaz de... investigar solapadamente. Le llevaré dónde está mi bisabuelo, y usted seguirá en todo momento la corriente a lo que vea y oiga. Siempre tranquilo. Pero todo su esfuerzo, toda su inteligencia, todo su poder deductivo, analítico, estará dirigido a descubrir cuál es el sistema por el que Bis puede hacer explotar a Nancy en el momento en que se lo proponga.

—¿Eso es posible? ¿Tan fácil lo tiene ese hombre?

—Así de fácil. —Winifred chascó dos dedos—. Es un viejo zorro mi bisabuelo, se lo aseguro. No hay nadie cerca de él que, haya conseguido saber cómo tiene montado el disparo. Y él no lo dirá jamás. Ni siquiera a mí, que soy lo que más quiere en este mundo. Lo que sí sé con toda seguridad es que Bis puede hacer explotar a Nancy en pocos segundos, y lo tiene, montado de tal modo que *nadie* podría impedirlo.

—Bueno, pero... esas cosas no son tan fáciles. Requieren algunos mecanismos, detonadores... No sé... Incluso se puede hacer explotar por radio, supongo, montando un sistema de emisión de ondas que accionasen determinados mecanismos.

—Por supuesto. Y eso es lo que ha hecho Bis. Pero ¿cómo lo ha hecho? ¿Cuál es el sistema? No podemos cometer el menor fallo, pues podría significar la puesta en marcha del mecanismo que daría lugar a la explosión. Si mi bisabuelo se viese en peligro por alguna causa, como por ejemplo, una invasión de hombres de la CIA en sus

dominios, Nancy sería accionada. No podemos atacar frontalmente, no podemos alarmarlo en lo más mínimo.

—Pero ¿cómo ha consentido usted que ese hombre...?

—Tiene muchos fieles colaboradores, que le siguen en todo. Yo me enteré del asunto de Nancy cuando ya nada podía hacerse: la bomba está instalada y a punto en un lugar que ignoro.

—¿Y yo tengo que saber qué lugar es ése?

—En realidad, saber dónde está Nancy es menos importante, o, digamos, menos urgente que saber cómo podría Bis hacerla explotar en pocos segundos *y sin que nadie pudiera impedirselo de ningún modo*. Esto es lo que me tiene asustada. Y ni en sueños se me ocurriría tocar la radio de mi abuelo, ni ninguna de sus cosas. Archie: tenemos que saber cuál es el sistema infalible de explosión, y desconectarlo. Lo que suceda después es secundario.

—Usted no se da cuenta de que en cuanto hubiésemos conseguido eso su abuelo sería detenido, Winifred.

—Sí. Pero no podemos permitir que mueran cientos de miles de norteamericanos... con el agravante de que alguien pueda pensar que Rusia tiene algo que ver con esto y... reaccione en el mismo sentido.

—Sí... Eso sería el principio del final, desde luego. No estoy soñando, ¿verdad?

—No. Le llevaré con Bis, le presentaré, y usted, con mucha calma y serenidad, tendrá que ir *analizando* todo cuanto vea y oiga a su alrededor hasta encontrar ese sistema. Es una labor... detectivesca de altísimos vuelos, para la que espero esté capacitado. Usted es capaz de obtener conclusiones de cualquier cosa, ¿no es así?

—Sí. Pero las conclusiones sobre una misma cosa pueden ser muchas. Así que, de momento, digamos que puedo hacer muchas especulaciones, para estudiar luego las oportunidades que tiene cada una de ser la verdad.

—Lo comprendo.

—Muy bien. Oiga, todo esto... Bueno, supongo que ustedes son ricos, claro. El cuarto de millón, este yate... ¡y una bomba atómica, cielos!

—El yate no es nuestro. El cuarto de millón, sí, es de mi cuenta personal. ¿De verdad no lo quiere?

—Por el momento, puedo pasar sin él.

—A su gusto. En cuanto a la bomba, a Nancy, por supuesto que ha debido de costar muchísimo dinero, pero eso no asusta a mi bisabuelo. Tiene ochenta años, y siempre se jacta de que ha sido un hombre que ha sabido ganar más de un millón de dólares por cada año de su vida.

—¿Y de dónde ha sacado tanto dinero?

—Tenemos varias industrias de conservas cárnicas. No dan tanto como los pozos de petróleo, pero tampoco está mal. Hace un par de meses cumplí veintiún años, y entré en posesión de una fortunita personal de quince millones de dólares. Cuando muera Bis, tendré tanto dinero que no podría contarle en toda mi vida.

—¿Quiere casarse conmigo? —propuso Archibald.

—¿Por qué no? —rió la muchacha—. Aunque antes me gustaría tener la seguridad de que viviremos muchos años.

—Entiendo. Bueno, se me ocurre que si eliminamos a su abuelo, podríamos conseguirlo todo: el dinero, la tranquilidad, el amor...

—No. Si algo le sucede a mi abuelo, Nancy explotará. Ésa es una de las cosas que él siempre me dice: Winifred, querida, cuando este pobre viejo muera, corre a la bóveda.

—¿La bóveda? ¿Qué es eso?

—Es un... Bueno, ya lo verá. Pero nada de atacar a mi bisabuelo: su muerte sólo ocasionaría la explosión de Nancy, lo sé con toda seguridad.

—Demonios de viejo... ¿Qué truco debe estar empleando?

—Tengo la esperanza de que usted lo descubra, Archie. En cuanto lo sepamos, aceptaré que la CIA, o quien sea, se encargue del asunto. ¡Pero no antes!

—Sí, sí, ya lo he comprendido... Bueno, una cosa es segura: si hace todo esto para reírse de mí, el chiste me parece de lo más malo, Winifred, de modo que supongo que todo es cierto.

—Sí.

—En ese caso, convendría que empezásemos a trabajar enseguida, porque...

—No podemos precipitarnos. Bis es cualquier cosa que usted quiera menos tonto. Tendré que prepararlo. Tiene ochenta años, es cierto, pero todavía está fuerte, a pesar de todo...

—¿De todo? ¿A qué se refiere?

—Ya lo verá cuando se lo presente. Pero antes tendré que hablarle de usted un par de veces, o tres... Le diré que es usted encantador, que me estoy enamorando... pero lo que más le gustará de usted será su faceta científica.

—¿Mi faceta... científica? ¡Ésta es buena! Yo tengo de científico lo mismo que usted de fea, Winifred. O sea, nada.

—Muchas gracias —sonrió Winifred—. Bueno, pero algo debe saber, para haber escrito un libro sobre la hierba, ¿no?

—¡Ah...! Sí, bueno, podría hablar un poquito de botánica...

—Será suficiente para introducirlo. Tenemos que darle a usted un aspecto un poco intelectual...

—¿Parezco tonto? —masculló Archibald.

—Ni mucho menos. ¡No lo habría elegido! Pero se le ve... demasiado atlético y vital. Quizá será suficiente con proporcionarle unos lentes de montura gruesa. Y deberá peinarse con más descuido... Bueno, estudiaremos eso durante los pocos días que invertiré en decirle a mi bisabuelo que me he enamorado de un apuesto científico botánico. Conseguiremos unos cuantos libros de Botánica para que se vaya documentando un poco, y en cuanto lo conozca, ¡zas!, le suelta usted un párrafo.

Archibald movió la cabeza.

—Todo esto es fantástico... Y otra cosa: ¿por qué le caeré mejor si soy científico?

—Ah, ése es el punto de partida de todo, Archie: la Ciencia. Por ahí empezó todo.

—No comprendo nada.

—Archie: cuando esto termine... y si termina felizmente, claro está, podrá usted escribir el libro más fantástico que se le pueda ocurrir. Lo malo es que, seguramente, nadie lo creería.

—O sea, que me he metido en un lío enorme.

—Enorme es poco. En realidad. —Winifred sonrió encantadoramente—, lo de Nancy es sólo una pequeña tontería comparado con todo lo demás.

—¿Con todo lo demás? —Respingó Archibald—. ¿A qué se refiere? La muchacha negó con un gesto y se puso en pie.

—Tengo que irme ya, para visitar a Bis y comenzar a hablarle de usted. Le enviaré un montón de libros de Botánica. Todo lo que voy a pedirle es que no salga del yate, Archie...

—Eso es injusto.

—¿Injusto? —se sorprendió Winifred—. ¿Por qué?

—¡No voy a pasarme veinticuatro horas leyendo libros de Botánica!

—Oh, si es por eso, tendrá otros libros, buena música, televisión...

—Me está tratando peor que a «Dog». Winifred ladeó la cabeza.

—Si realmente lo necesita tanto —murmuró—, también puedo enviarle una chica amable... y cariñosa. ¿Cómo le gustan?

—A ser posible, rubia. —Archibald miró los rubios cabellos de Winifred—. Y que se ponga un poquito de perfume. Del bueno, claro.

—Lo tendré en cuenta. Y ahora tengo que marcharme... El helicóptero pasará a recogerme de un momento a otro.

Winifred se dirigió hacia la salida, pero Archibald le cortó el paso. Le puso las manos sobre los hombros, y sonrió ceñudamente.

—No me gustaría que hiciera usted de alcahueta —dijo—, de modo que olvídelo. Por otra parte, no creo ser tan apasionado como «Dog».

—Esperemos que «Popsy» sepa corresponderle —rió Winifred—. Hasta la próxima, Archie. Y gracias.

Pocos minutos más tarde, en efecto, un pequeño helicóptero que parecía de juguete pasó a recoger a Winifred. Desde la cubierta, Archibald la vio marchar, y luego dirigió una mirada de soslayo a los dos hombres que quedaban con él en el yate.

—Apuesto a que son capaces de prepararme un buen almuerzo —dijo amablemente.

—Por supuesto que sí, señor Arlington —dijo uno de ellos—. Joe y yo estamos aquí para complacerle en todo.

—¿Y cómo se llama usted?

—Mac, señor Arlington.

—Ya. Joe y Mac, dos atléticos, guapos y serviciales muchachos. En confianza y entre nosotros, la verdad: ¿ustedes saben de qué va todo esto?

—No, señor —sonrió Mac—. Nosotros no sabemos casi nada, pero si la señorita dice que nos tiremos de cabeza al lago con una tonelada de piedras colgando del cuello, lo hacemos. ¿No es cierto, Joe?

—Es cierto, Mac —sonrió Joe.

Archibald movió la cabeza con gesto admirativo.

—Caramba —masculló—, espero que si toman esa decisión sea después de haberme dado de almorzar.

CAPÍTULO III

Por supuesto que fue un buen almuerzo, y, apenas lo había terminado cuando alguien trajo al yate *Starlett* una caja llena de libros de Botánica.

—Esto funciona mejor que la CIA —comentó Archibald.

Ya no dijo más. Puesto que, realmente, le gustaba la botánica, se dedicó a dar una primera ojeada a los libros, a fin de seleccionar el primero y colocar los demás en tumo. En cuanto comenzó a leer el primero, se olvidó de todo.

La cena también fue agradable. Luego, estuvo otro buen rato leyendo, y finalmente, para relajarse, se dedicó durante más de una hora a escuchar música, desdeñando la televisión. Eran más de las diez y media de la noche cuando decidió retirarse a descansar al camarote donde se había instalado. Frunció el ceño al ver sobre el lecho a «Dog», y, junto a éste, a «Popsy», ambos mirándole atentamente. Archibald señaló hacia la puerta del camarote.

—Míster «Dog», sabe usted perfectamente que ésta es mi cama, y que en mi cama sólo duermo yo. Y además, tiene un camarote para usted solo y su fulana, así que... ¡largo de aquí!

«Dog» se puso a cuatro patas, estiró éstas, bostezó elegantísimamente, y luego, con gran dignidad, saltó del lecho y fue hacia la puerta. «Popsy» emitió un maullidito, y se fue tras él, saliendo ambos animales del camarote.

—La tiene en el bote —sonrió el hombre de la CIA.

Sacó del bolsillo interior de la chaqueta un juego de pluma estilográfica y bolígrafo, los dejó sobre la mesita de noche, y procedió a desnudarse.

Regresó rápidamente de la recién emprendida pendiente hacia el sueño, y lo primero que hizo fue acercar su mano a la mesita de noche... Por la portilla del camarote entraba un resplandor suave procedente de la iluminación de Chicago. Archibald vio la puerta abierta, y, en el umbral, la silueta de una mujer de amplia y suelta cabellera.

Casi al instante le llegó el aroma del suave perfume.

La puerta fue cerrada. La mujer se acercó al lecho, y Archibald oyó el rumor de la ropa. Permaneció inmóvil, entornando los ojos, ya reposando en el lecho la mano que había acercado a la mesita de noche. En la penumbra distinguía perfectamente ahora las formas femeninas: la esbelta cintura, las bien curvadas caderas, el resplandor de los senos altos, plenos.

Ella se deslizó en el lecho junto a él, que notó en el acto la tibieza que emanaba del hermoso cuerpo.

—Winifred, no... —susurró.

—¿Te gusta el perfume? —preguntó ella.

—Sí.

—Menos mal. Temí no acertar.

—Winifred, no tienes por qué...

—No seas tonto —el cuerpo de ella pareció adherirse al suyo—. Si lo hago es porque lo deseo. ¿Tú no?

No le dio tiempo a contestar. La besó en la boca al tiempo que buscaba el abrazo. Archibald pasó un brazo por la cintura femenina y atrajo hacia el suyo aquel cuerpo fino, suave, tibio. La boca de ella era tierna y dócil.

Fue un beso lento y largo, primero un tanto indeciso, pero más y más concreto y ardiente a cada instante. Archibald notó la caricia de ella, y se estremeció. Deslizó una mano por la tersa espalda de Winifred, por el hombro, el rostro, un seno... Le pareció que el cuerpo de ella se hinchaba cuando suspiró y expelió el aire por la nariz, tibio, con fuerza.

Archibald apartó su boca de pronto.

—Lo que dije esta mañana...

—¿Era una broma? —suspiró ella.

—Sí...

—¿Te molestaría ponerte serio ahora... por favor?

Ella buscó de nuevo su boca. Archibald no estaba seguro de que aquello fuese real, y, sobre todo, no entendía por qué Winifred se disponía a entregarse a él. ¿Amor?

¿Capricho? ¿Intento de controlarlo a su gusto por medio del sexo?

Ella apartó su boca, emitió una risita cálida que estremeció de placer a Archibald, y le dio un mordisquito en el cuello. El correspondió del mismo modo, y enseguida satisfizo su deseo de la mañana: mordió aquella garganta tibia y palpitante. Ella dio un gritito y se abrazó con más fuerza. Archibald notaba en el pecho la presión de los turgentes senos de Winifred. La apartó un poco, los besó, y ella gimió dulcemente...

—Archie...

Volvió a besarla en la boca. Ella estaba tendida ahora de espaldas, y él pudo acariciarle los senos a placer. Sentía que le ardía todo el cuerpo. Ya no pensaba en los motivos que pudiera tener la muchacha para hacer aquello.

—Archie, sii...

Ella había separado su boca para suplicarle. Pero, ciertamente, no hacía falta ninguna súplica. Archibald volvió a morderle la garganta sin dejar de acariciarla, se movió para colocarse...

—¡Maoaoaaaoooo! —Llegó el fuerte y asustado maullido.

Archibald se sentó en la cama de un salto, mientras Winifred lanzaba una exclamación... y la puerta del camarote se abría. No tuvieron tiempo de nada: la luz se encendió, y, parpadeando fuertemente, vieron con cierta dificultad todavía a Joe y Mac, ya dentro del camarote, apuntándoles con sendas pistolas.

—¡Si serás puta...! —rió Mac.

Winifred se apresuró a cubrirse el cuerpo con la ropa de la cama, mientras exclamaba:

¿Qué significa esto? ¡Fuera de aquí!

—Tranquila, señorita, tranquila —dijo Joe—. Se le ha terminado dar órdenes.

—Fíjate en él —señaló Mac con la pistola a Archibald—: parece un oso peludo.

—Hombre, no tanto... Aunque me gusta mucho más ella, claro. Venga, salgan los dos de la cama: los vamos a llevar al cuarto de los

invitados.

—¡No voy a...! —empezó Winifred, pálida ahora.

—Cálmate —murmuró Archibald—. Será mejor que les obedezcamos. Hay que ser complacientes con los amigos fieles.

—¡No estoy dispuesta a consentir...!

—Winifred, ¿no lo comprendes? No van a obedecerte. Sal de la cama, vamos.

—Es listo el fulano —dijo Joe—. En efecto, señorita, la situación ha cambiado. Vamos a ir de paseo con el yate por los lagos, y antes de zarpar hemos querido asegurarnos de que ustedes no nos molestarían.

—A eso se le llama secuestro —murmuró Archibald.

—¡Qué listo! —exclamó Mac—. Venga, salgan ya de la cama, par de calientes, para que Joe los ate... No, no, señorita, nada de envolverse con la sábana: nos gusta mucho más desnudita. ¡Vamos, salga ya de ahí o...!

Winifred saltó de la cama, pero sosteniendo la sábana alrededor del cuerpo como podía. Joe descolgó de la cintura el largo cabo de nylon, mientras fruncía el ceño.

—Si la empaqueto con la sábana parecerá usted un fantasma. Déjela caer.

—¿Dónde está Dean? —Tembló la voz de Winifred—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Está arriba, vigilando. Él también está de nuestra parte.

—No es cierto... ¡No es cierto, Dean no! ¡No!

Joe se había acercado a Winifred. De pronto, asió la sábana y dio un fuerte tirón. Winifred chocó contra él, y cayó al suelo, quedando la sábana en la mano de Joe, que tendió el cabo a Archibald.

—Átele las manos a la espalda, pero dejando suficiente cuerda para atarle luego a usted. ¿Lo entiende?

Archibald asintió, y se hizo cargo de la cuerda. Winifred le miraba, encogida en el suelo, apretando los muslos, intentando ocultar en vano con las manos sus espléndidos pechos.

—Vuélvete —murmuró Archibald.

—No... ¡No!

—Vamos, no seas boba —gruñó el hombre de la CIA—. Ellos tienen todas las de ganar, y nosotros ni siquiera hemos tomado

precauciones.

Winifred parpadeó. Luego dio la vuelta, de modo que Archibald pudo atarle las manos a la espalda, dejando cuerda más que suficiente para atarlo luego a él. Y mientras ataba a Winifred, ni Mac ni Joe supieron estarse callados.

—¡Qué buena está! —dijo Mac—. ¡Tanto tiempo mirándola como si fuese la luna, y ahora resulta que la tenemos al alcance de la mano!

—¡De la mano y de otras cosas! —soltó una risotada Joe—. Te aseguro que no pienso dejar escapar la ocasión de tirármela.

—Claro que no. Pero cada cosa a su tiempo. Primero, larguémonos con el yate. Y cuando estemos lejos de aquí, ya veremos.

—Nada de «ya veremos»: nos dijeron que, menos matarla... de momento, podríamos hacer con ella todo lo que quisiéramos. Y lo que yo quiero hacer es darle muuuuucha felicidad. ¡Ya verás cómo soy mejor que este tipo, guapa!

Winifred, de espaldas a ellos, no podía verlos, pero Archibald notaba los estremecimientos en su cuerpo. Los labios del hombre de la CIA estaban plegados en una dura mueca, parecía que fuesen apenas un corte en una roca.

Alzó la cabeza para mirar a Joe.

—Ya está —dijo.

—Pues venga, ponte tú, culo al aire, para que te lo veamos bien —soltó una risotada—. ¡A lo mejor también nos gusta!

Archibald comenzó a agacharse y Joe se acercó. Lo hizo demasiado pronto.

O quizá Archibald fue tan lento precisamente para que el otro estuviese cerca de él en el momento oportuno... Y considerando que aquél era el momento, disparó hacia atrás una tremenda cox que acertó a Joe en pleno vientre, con tal fuerza que lo alzó del suelo... Acto seguido, y todavía en el aire Joe lanzando un aullido, Archibald saltó sobre la cama... en la que se hundió la bala disparada por Mac cuando ya el hombre de la CIA había rebotado. Cayó junto a la mesita de noche, agarró velozmente la pluma estilográfica y se echó hacia un lado, esquivando el siguiente disparo, que arrancó astillas de la mesita...

Archibald apuntó la pluma estilográfica hacia Mac, y eso fue

todo, al parecer. Pero Mac se llevó ambas manos al cuello soltando rápidamente la pistola, y cayó de rodillas, aullando como enloquecido.

Archibald se puso en pie de un salto y corrió hacia Joe, que yacía arrodillado, con las manos en el vientre, pero que alzó la cabeza con un esfuerzo. Lo vio llegar, lanzó una exclamación ronca y comenzó a alzar la mano armada... El puntapié de Archibald le alcanzó de lleno en el rostro y lo derribó de espaldas tras un extraño rebote sobre sus flexionadas piernas. Todavía se revolvió Joe intentando disparar contra Archibald, pero el pie derecho de éste cayó sobre su muñeca, y aplastó la mano contra el suelo. El hombre de la CIA se inclinó, arrancó violentamente la pistola de la mano de Joe, y luego lo puso en pie de un tirón, agarrado por los cabellos. Inmediatamente, le golpeó con el otro puño en el vientre, jadeando:

—¡Te gusta mi culo!, ¿eh? ¡Pues toma culo, guapo!

Otro puñetazo en el estómago pareció que fuese a destripar a Joe, cuya arcada fue violentísima. Archibald lo apartó un poco, y le disparó ahora el puño contra la barbilla. Se oyó un crujido, pareció que Joe quisiera girar el cuello como una lechuza, y se relajó súbitamente en manos de Archibald, que le soltó. Joe se desplomó como un saco vacío.

El hombre de la CIA miró a Winifred, que le contemplaba con expresión desorbitada. Luego recogió la pistola de Joe y se dirigió hacia la puerta. Se asomó cautelosamente. No había nadie en el pasillo, y esto le pareció raro. Conforme en que nadie fuera del yate hubiese oído los disparos efectuados por Mac, pero Dean sí tenía que haberlos oído. ¿Por qué no acudía?

La solución era por demás simple, no hacía falta ser un experto analista de la CIA para encontrarla: Dean estaba agazapado, a la expectativa.

Muy bien.

Desnudo, Archibald salió al pasillo y se deslizó sigilosamente por éste. También podía ser que Dean estuviese en cubierta, en efecto, vigilando lo que...

No.

No estaba en cubierta. Archibald respingó al verle tendido en el suelo, y le apuntó rápidamente con la pistola; pero, no menos

rápídamamente, captó la extraña postura de Dean, y, sobre todo, el manchurrón de sangre en la cabeza y parte del rostro. Se acercó, se arrodilló junto a Dean, y tras mirarlo un par de segundos asió la barbilla, de modo que las yemas de los dedos fueron a las carótidas. Estaba vivo... de momento.

Colocó la pistola sobre el cuerpo de Dean, asió a éste por los sobacos, y lo arrastró cuidadosamente hacia su camarote. Winifred lanzó una exclamación, casi un sollozo, al ver el estado de su fiel Dean.

—Está vivo —jadeó Archibald—. Supongo que tenemos botiquín a bordo. ¡Tráelo enseguida!

Dijo esto tras soltar las manos de Winifred con un solo tirón al extremo del nudo marinero, que podía haber sido otra baza a favor de ambos si las cosas no le hubieran salido bien. La sorprendida Winifred se puso en pie ayudada por el hombre de la CIA, buscó con la mirada la sábana...

—¡Deja eso, y ve a por el botiquín! —Gruñó Archibald.

Pero, de pasada hacia la salida, Winifred se hizo con la sábana, y salió colocándosela bajo las axilas, pisándola, tropezando. Archibald recogió la pistola de Mac, al que ni siquiera se molestó en examinar: sabía que estaba muerto. Lo que no habría ocurrido si le hubiese disparado con el bolígrafo, pero, realmente, no había tenido tiempo de elegir.

Para su asombro, también Joe estaba muerto. Le movió la cabeza, que cedía a un lado y otro como si el cuello fuese de chicle. Archibald quedó anonadado: acababa de matar a dos hombres. El, que no había querido formar parte del Grupo de Acción de la CIA precisamente por no verse nunca en la necesidad de matar a nadie, acababa de matar a dos hombres...

—Archie... ¡Archie, el botiquín!

Pardeó. Winifred estaba arrodillada ante él, mirándole asustada, muy abiertos los ojos.

Suspiró profundamente.

—Wini: acabo de matar a dos hombres.

Ella tragó saliva, y no dijo nada. Archibald tomó el botiquín y se arrodilló junto a Dean, cuyo rostro estaba lívido.

—Le han roto la cabeza —murmuró—. Trae agua y corta una sábana limpia en tiras y pedazos. Vamos, Wini, reacciona.

—Sí... Sí, Archie.

* * *

Dean abrió los ojos y vio unas sombras ante él. De repente, algo fortísimo penetró por su nariz, obligándole a respingar, a efectuar un movimiento de rechazo. Pero algo le sujetó por la nuca y lo inmovilizó. El fortísimo olor arrancó lágrimas a los ojos de Dean, en una abundancia terrible. Pero se las limpiaron, y entonces distinguió mejor las dos sombras, identificando en el acto una de ellas.

—Se... señorita...

—Cierre el pico —oyó la voz masculina—. Pero abra bien los ojos, póngase en pie y camine. ¡No se duerma, idiota! ¡Vamos, vamos, póngase en pie y camine, le digo! ¡En pie!

¡En pie, en pie, en pie...!

Dean sabía que estaba puesto en pie, y comenzó a mover las piernas. Le parecía que estaba flotando, o que caminaba sobre un blandísimo colchón. Sabía que alguien le sujetaba.

—Camine, camine, camine... Un, dos, un, dos, un, dos... ¡Maldita sea su estampa, camine!

Le dolía horriblemente la cabeza, no sentía las piernas, sentía deseos de llorar. Era como una pesadilla. Camine, camine, camine, camine... Un, dos, un, dos, un, dos... Comenzó a sentir las piernas, y le pareció que caminaba por un lugar más duro que el colchón; las imágenes se fueron aclarando. Finalmente vio a la señorita Winifred sentada en el borde del lecho, mirándole ansiosamente, y consiguió sonreír. Segundos después veía el rostro de Archibald Arlington junto a él. Arlington captó su mirada, y le sonrió.

—¿Cómo va eso? —se interesó.

Dean asintió con un gesto, y continuó caminando cada vez con más firmeza y entusiasmo, siempre ayudado por Archibald, hasta que se sintió con fuerza para hacerlo solo. O al menos, con ánimos.

—Gracias... Gracias, señor Arlington, creo... creo que ya puedo caminar solo...

—Probemos —dijo Archibald soltándole.

Un minuto más tarde, Dean Murray iba adquiriendo más y más firmeza en sus pasos.

Archibald se sentó junto a Winifred.

—No deje de caminar —recomendó—. Y resígnese a no dormir esta noche.

Dean asintió, y continuó caminando. Se iba sintiendo mejor, y el dolor de la cabeza era ahora diferente: le dolía por fuera, no por dentro. Él se entendía. Se tocó el aparatoso vendaje, miró a Archibald, y murmuró algo.

—No sabe nada de nada, ¿verdad? —dijo Archibald—. Todo lo que sabe es que recibió un golpe en la cabeza y punto.

—Sí, así es.

—Tranquilo. Todo ha terminado bien... considerando cómo podían haber ido las cosas para los tres. Mac y Joe intentaron secuestrar a Winifred. ¿Se le ocurre algo sobre eso, Dean?

—No.

—Archie, seguramente alguien quería pedirle a Bis una cantidad por mí —dijo Winifred—. Y lo que hizo fue sobornar a Joe y Mac. ¡Oh, Dios, nunca pensé que ellos...!

—La vida tiene muchas sorpresas —gruñó Archibald, que, como Winifred, ya estaba vestido—. ¿Te atreves a sospechar de alguno de los empleados de tu bisabuelo, Wini?

—¿Empleados de...? ¡Claro que no! Esto han debido planearlo gente extraña que...

—De eso nada. Ha sido alguien de dentro, de vuestro grupo o círculo. Si se tratase de extraños que hubiesen planeado secuestrar a una rica heredera, no se habrían molestado en recurrir a Mac y Joe. Podrían haber fracasado en su intento de soborno, y las cosas se les habrían puesto difíciles. No. Ha sido alguien de los vuestros. ¿No se te ocurre nadie?

—No... No.

—Bueno, es natural. Igual que Joe y Mac, todos deben parecer muy fieles... pero han estado esperando el momento, y les ha parecido que éste era el adecuado. ¿Cuánto crees que Bis pagaría por ti?

—Supongo... que lo que le pidieran.

—¿Incluso entregaría a Nancy y sus mandos de disparo?

Winifred palideció intensamente y no acertó a contestar. Dean se había detenido en seco y miraba aterrado a Archibald. Éste soltó un gruñido.

—No veo a qué viene tanta sorpresa. ¿Puedes comunicarte con tu abuelo ahora mismo utilizando el radioteléfono del yate?

—Sí, sí.

—Pues llámalo. ¿Le has hablado ya de mí?

—Sí, claro.

—Llámalo y dile que has salido con el yate a dar un paseo conmigo por el lago, que estás bien, y que mañana irás a verlo. Dile solamente eso, Wini. No, espera... Mejor que dejes el recado a alguno de sus empleados, de modo que se sepa, que todos se enteren. Quiero que quien haya tramado esto sepa que ha fracasado, de modo que no intente nada, que espere otra ocasión. ¿Lo entiendes?

—Sí, Archie.

—Pues llama a ese viejo chiflado. Ya sé que es tarde, pero llámalo. Que le despierten.

—No hará falta: Bis casi nunca duerme, De todos modos, diré que se lo pasen primero a Merle, para que sea ella quien se lo comunique.

—¿Quién es Merle?

* * *

Merle Barroughs cerró la doble puerta que separaba su dormitorio del de Jacob Stewart-Frazer, tras pasarle a éste el recado recibido procedente de Winifred. Luego se dirigió hacia el lecho que había abandonado minutos antes. Pasó delante del tocador, y se detuvo para contemplarse en el espejo. Tras unos segundos de contemplación, decidió quitarse el precioso camisón, para poder verse desnuda.

Merle Barroughs tenía cuarenta años, y se hallaba en el momento exacto de una espléndida madurez. Cabellos negros, grandes ojos oscuros, boca llena, incitante; y un cuerpo denso y blanco, que parecía de nata, hermosísimo, bellísimo en las formas de sus caderas, sus pechos, la línea de su cuello y hombros...

Sí, todavía era una mujer hermosa. Muy hermosa. Una hermosa mujer que había dedicado veinte años de su vida a Jacob Stewart-Frazer. ¡Dios, veinte años con un hombre que la había llevado a su lecho cuando él tenía ya sesenta! Por supuesto que no había llegado

virgen a los brazos de Stewart-Frazer, y también por supuesto que lo había hecho sin amor, sino más bien buscando un refugio, una seguridad en la vida. Había creído que aquel hombre viviría muy poco tiempo... ¡Y llevaba veinte años con él! Claro que en los últimos años las cosas ya no habían sido como al principio, y él la había ido olvidando sexualmente, pero siempre había contado con ella para todo, y claro está, si todavía, de vez en cuando, sentía algún deseo, allí estaba ella, para satisfacerle de un modo u otro... No había nada que pidiera Jacob que ella no hiciera. ¡Pero veinte años...!

Y ni una sola vez se había hablado de matrimonio. Jamás. Lo que significaba que Merle nunca sería heredera en términos legales de parte alguna de la fortuna de Jacob Stewart-Frazer. Es decir, sí heredaría algo, pues Jacob se lo había dicho, pero no tanto como le habría correspondido como esposa, naturalmente. ¿Cuánto le dejaría? ¿Mil dólares? ¿Un millón? ¿Cinco millones de dólares?

Le dejase lo que le dejase, ella tendría ya más de cuarenta años, y el declive físico se habría iniciado. Todavía no... Todavía no, pero pronto sus senos empezarían a ser un poco más blandos, aparecerían las pequeñas arrugas, los muslos se aflojarían...

Merle suspiró, y, sin molestarse en recoger el camisón, se dirigió hacia su cama, situada en un lado del hermoso dormitorio que Jacob le había instalado hacía seis o siete años, es decir, desde que él comenzó a sentirse menos... vital.

Suspirando de nuevo, Merle se inclinó para meterse en la cama... y fue entonces cuando la cabeza de un hombre apareció por el otro lado. Un hombre que había estado tendido en el suelo, agazapado. Merle se llevó una mano a la boca para contener el grito de sobresalto. El hombre se puso en pie, sonriendo y llevándose un dedo a los labios. Rodeó la cama, abrazó a Merle, y la besó profunda y ávidamente en la boca, pero ella le apartó pronto.

—¿Estás loco? —jadeó.

—Por ti.

—Roscoe, por favor... ¡Él no duerme nunca, puede oímos!

—No nos ha oído otras veces —susurró Roscoe Galloway, deslizando sus manos por los esponjosos senos de Merle, que se estremeció.

—No, no... Esta noche, no. No, Roscoe.

—¿Por qué no?

—Debía estar loca cuando te recibí la primera vez... ¡Has sido el único aparte de él en veinte años!

—Entonces la loca eres tú.

—Roscoe... Por favor, hoy no...

—Está bien. ¿Qué ha pasado?

—Winifred ha llamado por teléfono, dando un recado para él: que estaba bien, y que vendrá mañana a verle. Está con un yate, paseando por el lago con un amigo.

—¿Y ha llamado para decir eso a estas horas? —Frunció el ceño Roscoe.

—Sí. Por favor, vete. Puedes echarlo todo a perder... ¡Puedes convertir en inútiles veinte años de...!

El la besó de nuevo en la boca, y luego en los pechos. Merle se estremeció, hubo una crispación en su rostro, en sus manos... pero empujó a Roscoe Galloway, que asintió de mala gana y se dirigió hacia la otra puerta del dormitorio, la que daba al pasillo. Antes de salir, todavía miró a la hermosa mujer que, contra su voluntad, le contemplaba con avidez y temor al mismo tiempo. Avidez de él, de un hombre de treinta y cinco años, alto, rubio, hermoso, fuerte... Temor de perder el sacrificio de veinte años que se habían ido sumando lentamente a los pocos que ella pensó que duraría todo.

De pronto, Merle alzó las manos, y ocultó su rostro, ahogando un sollozo.

Roscoe Galloway corrió hacia ella, la abrazó, y comenzó a besarla. Hubo todavía un intento de ella para rechazarlo, pero los labios del apuesto Roscoe le quemaban el cuello, los labios, los párpados, los pechos... Cuando se dio cuenta, estaba tendida en la cama, y él se inclinaba sobre ella.

—Mi vida —susurró Roscoe—. Mi vida, no te niegues nunca a recibirme... Merle Barroughs emitió un gemido y le recibió.

* * *

En el cuarto contiguo, una mano huesuda, flaca, manchada de edad, de piel flácida, se acercó temblorosamente al mando del pequeño receptor de gran sensibilidad capaz de reproducir el zumbido del vuelo de una mosca.

El mando fue accionado, y en la habitación dejó de oírse la voz de Roscoe Galloway y los gemidos de entrega de Merle Barroughs.

CAPÍTULO IV

Jacob Stewart-Frazer contemplaba con el ceño fruncido al hombre que tenía ante él. Alto, atlético, bien vestido, con lentes... Era atractivo, agradable. Aunque se guardaría muy bien de decirlo, le gustaron sobre todo sus ojos serenos e inteligentes, y la firmeza de la boca, delgada, como un tajo sobre la sólida barbilla.

A su vez, Archibald Arlington contemplaba, no poco impresionado, al bisabuelo de Winifred. Y estaba impresionado por la sencilla razón de que Jacob Stewart-Frazer era impresionante. Debía haber sido muy alto, fuerte, atlético, hermoso. Ahora, a sus ochenta años, era terrible contemplarlo. Sobre el ojo derecho llevaba un parche negro que sostenía una tira elástica pasada por la parte posterior de la cabeza. Le faltaba el brazo izquierdo, lo que quedaba aceptablemente disimulado por la prótesis, aunque, inevitablemente, tanto el brazo postizo como la mano enguantada descansaban sobre el regazo del anciano postrado en la silla de ruedas. Su único ojo, claro, refulgente de un modo extraño, parecía capaz de verlo todo. Archibald recordó las palabras de Winifred: todavía está fuerte, a pesar de todo.

—Bien, señor Arlington —dijo Jacob—, me satisface conocer a un hombre que ha decidido dedicar su vida a la Ciencia.

—Es usted muy amable, señor.

—Me dijo Winifred que su fuerte es la Botánica. ¿Cierto?

—En efecto.

—Es algo en verdad apasionante... Oh, perdón: ella es Merle.

Archibald miró a Merle Barroughs, que permanecía de pie, alta, erguida, bellísima, junto a la silla de ruedas. Archibald no necesitaba hacer preguntas, pues Winifred le había explicado todo sobre Merle y su bisabuelo.

—Es un placer —murmuró el hombre de la CIA.

Merle se limitó a mover la cabeza, sonriendo. Tenía una sonrisa dulce, encantadora, subyugante incluso. Jacob Stewart-Frazer, que había alzado y ladeado la cabeza para mirar a Merle, sonrió al verla sonreír a ella, y le tomó una mano, que acarició suavemente con la única suya.

—Me habría muerto de tristeza si no hubiese tenido a Merle conmigo, señor Arlington. Se podría decir, por tanto, que cuando uno se siente amado por una mujer fiel y hermosa los deseos de vivir persisten pese a todo... ¿No está de acuerdo?

—Por completo, señor.

—Sí... La lealtad y la belleza unidas...

—Por favor, Jacob —murmuró Merle.

El anciano soltó la blanca mano y sonrió.

—No tiene nada de malo que de vez en cuando alguien nos diga cosas agradables, querida. Bien, veamos, Winifred, ¿qué pasó anoche?

—Nada, Bis —sonrió Winifred—. Sólo quise que supieras que hoy te presentaría a Archie. Bueno, supongo que te molesté al llamarte a aquella hora, pero estaba tan contenta... Además, sé que no dormías, porque eres un viejo búho. ¿Verdad que no dormía, Merle?

—No, no dormía —sonrió Merle—. Pero yo sí, querida.

—¡Oh! ¡Es cierto, debí pensar en ello! Merle, siento...

—No tuvo ninguna importancia. De paso me aseguré de que Jacob estaba bien.

—Yo siempre estoy bien —masculló el anciano—. Soy un trozo de pellejo tan duro que he llegado a la conclusión de que la muerte ha dejado de sentir interés por mí...

—Quizá la muerte tenga los dientes cariados —sugirió Archibald. Jacob se quedó mirándole atónito. De pronto, estalló en carcajadas.

—¡Muy bueno! —exclamó—. ¡Es usted ingenioso, muchacho! Si, puede que la muerte, con sus podridos dientes, no se atreva a hincármelos... ¡Eso ha estado bien!

—Tengo en prensa un libro que trata de mis observaciones sobre el crecimiento de la hierba, titulado *¿Oh, mullida hierba tibia del sol, ¡qué dulce canción emites al crecer!?*

Merle quedó con la boca abierta, tan estupefacta como el propio Jacob-Frazer, que finalmente volvió a reír.

—¡Es un título digno de un botánico! —exclamó.

—Me pareció que, además, era poético.

—¡Sin la menor duda! Winifred, querida, me gusta tu señor Arlington. ¡Me gusta mucho!

—Gracias, señor —sonrió Archibald.

—¿Sabe, muchacho...? Generalmente, las personas utilizan el lenguaje de un modo... pobre, rudimentario, funcional. Dicen sí o dicen no, buenos días o buenas noches, dame esto o dame aquello... y eso es todo. Olvidan que las cosas pueden decirse de un modo más bello, más amable, más interesante, más simpático. Hay personas a las que cuando se les pregunta qué hora es, dicen: las seis. Y ya está. En cambio, otras personas adornan la respuesta, le dan más cordialidad, más simpatía. Estoy seguro de que usted es de esas personas, señor Arlington. A propósito —chispeó el ojo del anciano—: ¿qué hora es?

Archibald miró su reloj de pulsera.

—Es un viejo reloj, que cualquier día tendré que tirar —dijo—. Pero mientras aguante... Es de esfera luminosa, tiene calendario, y no se atrasa demasiado. Estuve a punto de comprar uno que tenía música, pero me pareció demasiado. Aunque luego me arrepentí, porque me enteré de que a las flores y plantas les gusta la música. Espero comprarme pronto el reloj musical, para deleitar a mis orquídeas... Las diez y treinta y dos minutos de la mañana, por cierto. Pero no sé si voy exacto, ya le digo... ¿Qué dices tú, Wini? ¿Es esa hora?

Winifred estaba riendo. Y lo mismo Merle. Y sobre todo, reía Jacob Stewart-Frazer, que era el que, con sus carcajadas, provocaba realmente la risa en los demás.

—¡Estupendo, estupendo, estupendo! —clamaba el anciano—. ¡Ésa sí es una respuesta amable, muchacho!

—Al fin y al cabo, las palabras son baratas —dijo Archibald—. Y a veces pienso que quizá por eso la gente las tiene en tan poca estima. Son como los nabos: se los dan a los burros. En cambio, todo el mundo quiere las fresas. Sólo que, en el caso de las palabras yo diría que son más, mucho más hermosas, dulces, suaves, sonrosadas y deliciosas que las fresas. ¿No está de acuerdo, señor?

Por ejemplo, se puede decir: oye, Wini, te amo. O se puede decir: Wini, siento por ti algo tan maravilloso, aunque debo admitir que humano, sexualmente concreto y emocionalmente corriente, que no encuentro el modo de expresarlo, porque decir sólo te amo me parece una majadería; de modo, Wini, que, ¿cómo podría hacerte yo comprender cuánto te amo?

—¡Dios mío! —exclamó Merle.

—¿De dónde lo has sacado? —aulló Jacob—. ¡Winifred, dime ahora mismo de dónde has sacado a este ejemplar desconocido!

—Bu-bueno, yo... yo...

—Nos conocimos volando, señor —dijo Archibald—. Iba yo volando en busca de hermosas flores a las que admirar cuando vi una enooooormeeee flor que también volaba. Asombrado, incrédulo, turulado, perplejo, desconcertado, pero absolutamente maravillado, descendí un poco sobre la flor volante, y calculen mi sorpresa cuando vi que tenía dos grandes ojos azules. Oye, flor —le dije—, ¿cómo es posible que tengas ojos, igual que yo? Y la flor me dijo: me llamo Winifred, y tengo dos ojos para poder contemplar al tonto más tonto de todos los tontos del mundo. Francamente, Wini, no fue una respuesta amable por tu parte.

Las risas en el despacho privadísimo de Jacob Stewart-Frazer hacían vibrar los cristales. Archibald sonreía... mientras dirigía miradas como al descuido a su alrededor. Salvo por la gran amplitud, el despacho era corriente en todo, en cuanto a su aspecto funcional como tal. Pero tenía algunas peculiaridades: estaba dentro de una gran nave industrial donde, al parecer, se hacían investigaciones sobre sistemas de envasado y conservación de carnes en especial y de productos alimenticios en general. Así pues, la ventana del despacho daba a la nave, y sólo había que recorrer la gruesa cortina para ver aquélla en toda su extensión, que no era poca. Jamás Archibald había visto una nave tan enorme; debía tener no menos de sesenta mil metros cuadrados.

Pero había también algo más en el despacho que era poco corriente: una emisora de radio... Por supuesto, la que podía estar «conectada» de un modo u otro a Nancy, la bomba de veinte megatones que estaba a merced de un pobre anciano loco. ¿O todo era un disparate de Winifred?

—¡Demasiada risa para un solo día! —Hipaba Jacob—.

¡Demasiada risa para mi viejo cuerpo! ¡Es usted formidable, señor Arlington!

—Sería más formidable si me llamase usted simplemente Archie, señor. Y no le digo que me llame Archibald porque siempre me ha parecido nombre de mayordomo.

—¡Jo, jo, jo...! ¡De mayordomo! ¡Je, je, ji, ji, ji...! ¡De mayordomo!

—Hubiese preferido llamarme George Washington Arlington... ¿A que suena mejor que Archibald? ¡Cielos, Archibald! ¡Es horrendo!

Jacob Stewart-Frazer reía tanto que, de pronto, la risa degeneró en tos, y Merle comenzó a darle palmaditas en la espalda, y acto seguido fue en busca de un vaso de agua al depósito de cristal.

—Creo, señor Arlington —dijo riendo la bella Merle—, que será mejor que vuelva usted dentro de un rato, o Jacob se va a asfixiar. Winifred, querida, enséñale al señor Arlington la nave... ¡pero que no se acerque por aquí en un buen rato!

Winifred tomó del brazo a Archibald, y salieron del despacho directamente a la nave, dejando todavía entre toses y risas al anciano. Al cerrar la puerta del despacho dejaron de oírlo, pero quedaron inmediatamente sumergidos en el denso rumor sin fin de la nave, donde había maquinaria de todas clases, con ejemplares enormes, y grandes cámaras frigoríficas... Precisamente en una de aquellas cámaras, y a la espera de la última decisión de Archibald, Dean se había encargado de colocar, debidamente camuflados, los cadáveres de Joe y Mac.

—La vivienda está detrás del despacho —dijo Winifred—. ¿Quieres verla?

El hombre de la CIA continuó mirando a todas partes de la gran nave. Era la locura de personal, máquinas, vehículos para traslados interiores, dos laboratorios, enfermería... La longitud era de unos trescientos metros, por doscientos de amplitud. Pasmoso.

Pero más pasmoso fue lo que dijo Winifred, captando el interés de Archibald:

—En realidad, no todo está dedicado a investigaciones conserveras... habituales, Archie.

—¿Qué quieres decir? —La miró éste, intrigado.

—Te enseñaré primero la casa, y luego bajaremos a la bóveda.

Archibald la tomó de un brazo, y la miró fijamente.

—Wini, escucha: ese pobre hombre, ese anciano lisiado y que se ríe como un niño por cuatro tonterías...

—No te dejes engañar —murmuró Winifred—. Antes de seguir hablando, quiero que veas la casa, y luego la bóveda. Como comprenderás, mi bisabuelo podría perfectamente vivir en la casa que tenemos en la Avenida Michigan, pero ésa la ha dejado para mí, y él se hizo construir una vivienda más discreta, aunque amplia y confortable, dentro de la nave. La gente dice que el viejo Stewart-Frazer está un poco chiflado por haberse venido a vivir a una nave industrial, que ya no piensa más que en ganar dinero, que la obsesión es tan grande que por eso se ha quedado a vivir aquí dentro, para vigilar a los empleados... Bueno, ¡dicen tantas cosas! Pero no aciertan con ninguna. Bis se vino a vivir aquí en cuanto tuvo en marcha su proyecto «Un millón de americanos»...

—¿Qué proyecto es ése? —exclamó Archibald—. ¡No lo habías mencionado hasta ahora!

—Vamos a ver la casa —insistió Winifred—. Y digo casa porque de algún modo hay que llamarla, claro está.

La construcción, en efecto, estaba detrás del despacho de Jacob Stewart-Frazer. Era de una gran simplicidad: paredes en cuyo interior se había hecho una distribución de lo más elemental, es decir, un pasillo, y a los lados de éste habitaciones y servicios. La parte derecha del pasillo, es decir, las dependencias que había en esa parte, eran la vivienda privada del viejo Jacob. En la otra parte había habitaciones vacías que sólo ocasionalmente ocupaba algún invitado especial, de alto privilegio. Archibald pudo ver los dos dormitorios contiguos, luego los dos grandes cuartos de baño, el salón, la cocina, y, junto a ésta, dos dormitorios más pequeños destinados a los dos domésticos que atendían a Jacob y Merle.

Pero ni esto, ni las habitaciones del otro lado del pasillo, merecían, ciertamente, excesivo interés.

El interés del hombre de la CIA se despertó realmente cuando, hacia el fondo del pasillo de separación, se alzó una ancha trampilla cuyos bordes coincidían con la separación del mosaico, y quedó alzada, apoyada en la pared del fondo del pasillo.

—Bajemos —dijo Winifred.

Había un tramo de anchos escalones. Winifred encendió una luz,

y comenzaron a bajar. No había allí más que los escalones, que terminaron en una sala rectangular, completamente vacía, limpiísima. Winifred oprimió otro resorte, y una puerta se abrió frente a ellos, dejando ver un amplio pasillo muy bien iluminado, y del que llegaba un rumor de voces, muy amortiguadas, y de aparatos eléctricos...

—Pero..., esto ¿qué es? —exclamó Archibald.

—Es la parte superior de la bóveda, los laboratorios privados que están trabajando para el proyecto «Un millón de americanos». Ya te lo iré explicando.

—Espera un momento... ¿Están legalizados estos laboratorios?

—No.

—Wini, no sé si entiendes lo extraordinario de todo esto, lo comprometido de mi situación... ¡Yo no puedo estar paseándome por un lugar como éste y luego no informar de ello! ¡No puedo, hacer eso!

—Ten un poco de paciencia, por favor. ¿Acaso sabes ya el truco de mi bisabuelo para controlar a Nancy?

—¡Dame tiempo!

—Es lo mismo que te pido yo a ti. Cuando encuentres el truco o sistema de mi abuelo, Archie, podrás hacer lo que quieras.

—No se trata de lo que yo *quiera* hacer, sino de lo que *deba* hacer. Todo esto es no sólo ilegal, sino peligroso. Un hombre que tiene a punto de disparo una bomba atómica...

—También está preparando un millón de americanos.

—¿Qué millón de americanos?

—Echemos un vistazo. Y finalmente, te dejaré ver al millón de americanos y el refugio atómico.

Archibald, que se disponía a reanudar la marcha, quedó clavado de pies al suelo.

—¿Un refugio atómico? —exclamó.

—Para el millón de americanos y sus protectores. Oh, Archie, no discutas más y ven conmigo, por favor.

—Está bien. Ahí viene alguien.

Winifred miró hacia donde miraba Archibald. En efecto, un hombre alto, rubio, hermoso, ataviado con una bata blanca, se acercaba a ellos con elegante paso, sonriendo amistosamente.

—¡Señorita Stewart-Frazer, qué agradable sorpresa! ¿Viene a

ponerse al día de nuestro trabajo?

—No exactamente —sonrió Winifred—. Le presento a un amigo de absoluta confianza, doctor: Archibald Arlington. Archie, él es Roscoe Galloway, el coordinador de todos los servicios y experimentos.

—¿Qué tal? —Tendió cordialmente la mano Galloway—. ¿Quizá va a trabajar con nosotros, señor Arlington?

—Pues no sé...

—Podría ser —dijo Winifred—: el señor Arlington es un gran experto en botánica, doctor.

—Ah, botánica... ¡Por supuesto que necesitaremos también un botánico, naturalmente! Claro está —sonrió—, el mejor que pueda encontrarse. Todo aquí abajo es de lo mejor.

¿Le ha dicho la señorita Stewart-Frazer que tenemos cuatro Premios Nobel, señor Arlington?

—De momento —se adelantó Winifred a la respuesta—, sólo hemos venido para que el señor Arlington conozca el lugar y decida si le interesa o no quedarse.

—Me parece muy bien. Bueno, vi la señal que anuncia visita, y he salido a ver... ¿Puedo servirle en algo?

—No, gracias doctor —rechazó amablemente Winifred la oferta—. Yo misma enseñaré al señor Arlington lo más elemental de los laboratorios.

—Como gusten. Si me necesitan para algo podrán encontrarme en mi despacho de coordinación. Señor Arlington: ha sido un placer.

—Lo mismo digo, doctor.

Roscoe Galloway regresó sobre sus pasos y entró en una de las dependencias. Archibald miró a Winifred.

—¿Cuatro Premios Nobel? —susurró.

—Y algunos investigadores que estuvieron trabajando con otros muchos Premios Nobel —asintió Winifred—. Bueno, empecemos...

Veinte minutos más tarde, el hombre de la CIA estaba tan impresionado que ya no se inmutaba por nada. Había doce laboratorios allí, salas de experimentación de todas clases, más de cincuenta científicos, animales como monos, ratas, perros, cobayas, para ser sometidos a pruebas diversas, aparatos de rayos X, computadoras, una biblioteca científica enorme, sala de relax,

dormitorios... Archibald Arlington se dijo que no diría nada a sus jefes de la CIA: le dirían que estaba loco. Simplemente, que había soñado todo aquello, que debajo de una nave de investigación sobre conservas de carne había uno de los complejos científicos más completos que se pudiera imaginar.

Pero todavía Winifred le asestó el último golpe cuando, al fondo, le mostró la pared metálica. Archibald miró la pared, sin comprender... hasta que la muchacha apretó otro resorte, y la pared de acero de diez centímetros de espesor se deslizó silenciosamente hacia un lado, dejando visible un hueco... No. Era un ascensor. Entraron en silencio, y Winifred pulsó el mando. El ascensor inició un silencioso y veloz descenso, que duró diez segundos. Cuando se detuvo, Winifred abrió otra puerta, pero ésta de plomo, de un espesor de cincuenta centímetros. Archibald se limitó a mover la cabeza.

—Estamos a ciento cincuenta metros de profundidad —murmuró Winifred—. Esto es la bóveda de protección atómica. No sólo está a una profundidad que se considera suficiente, sino que toda ella está forrada de una gruesa capa de plomo. Para construirla, primero se ahuecó este lugar. Luego, bajaron aquí equipos de hombres que fundieron y moldearon las planchas de plomo y las ensamblaron. Si en estos momentos Chicago recibiera una bomba atómica, nosotros ni nos enteraríamos... según dice mi bisabuelo. Hay aquí alimentos concentrados suficientes para cincuenta personas durante cien años. El agua se puede obtener directamente por condensación de frío artificial, el aire se recibe desde el exterior pasando por unos filtros especiales ideados por algunos de los hombres que ahora están sobre nosotros... Resumiendo: todo está preparado para que cincuenta personas puedan vivir aquí exactamente durante cien años, cuidando del millón de americanos, y, naturalmente, darles vida en su momento.

—¿Darles... vida?

—Las cincuenta personas que se refugiarían aquí en caso de una hecatombe atómica serían de ambos sexos, lo que significa, naturalmente, que se irían reproduciendo...

—Y muriendo, ¿no?

—Hay un horno crematorio que acogería sus cadáveres y todo cuanto se fuese desechando aquí abajo, como, por ejemplo, ropas,

excrementos, y otras cosas. Los orines creo que se está estudiando el modo de reconvertirlos en agua para ser ingerida. En cuanto se consiga eso, el mayor problema quedará resuelto, pues, al igual que en los circuitos cerrados de refrigeración de los coches...

—Ya lo he entendido —gruñó Archibald.

—Bien. Como te decía, aquí abajo se irían reproduciendo los protectores y cuidadores del millón de americanos, y aprendiendo desde la niñez el modo de dar vida al millón de americanos... Ven, quiero que veas al millón de americanos.

—¿Hay aquí dentro un millón de personas? —jadeó Archibald.

—Bueno —sonrió Winifred—. Más o menos. Ven.

También allí abajo, en el refugio atómico, habían dependencias. Winifred abrió la puerta de una, encendió la luz mientras el hombre de la CIA se estremecía de frío... y señaló hacia delante.

—Ahí los tienes —susurró Winifred—: un millón de americanos.

CAPÍTULO V

Era una sala en la que había un mobiliario funcional, cómodo, aséptico. Y nada más. Es decir, salvo las estanterías de cristal colocadas en la pared de enfrente de la puerta, y cientos de pequeños recipientes de cristal colocados en ellas.

Y eso era lo que señalaba Winifred Stewart-Frazer.

—¿Dónde están? —masculló Archibald.

—Ahí, en esos recipientes. Dentro de ciento un años, de ahí saldrán un millón de americanos.

—Winifred...

—¿No lo entiendes? Son niños-probeta, Archie.

El hombre de la CIA volvió a mirar los recipientes de cristal. Estaba mudo de pasmo. No podía pensar.

—Arriba se están creando las condiciones artificiales para que esos niños probeta puedan ser realidad. Aquí abajo se va poniendo en conserva la materia... básica, es decir, los espermatozoides. Se entiende, claro está, que en su elemento natural, o sea, el semen del hombre. La temperatura ha sido estudiada, por supuesto, para que esos frascos conteniendo esperma se conserven durante un tiempo no inferior a los ciento diez años. Como es natural, los... donantes de este material han sido muy cuidadosamente seleccionados y espléndidamente pagados. Lo que no se les ha dicho, por cierto, es que sus... futuros hijos nacerán dentro de más de cien años, y que, debidamente clasificados y marcados se irán cruzando entre sí para que, en muy poco tiempo, haya en el planeta Tierra un millón de americanos puros de mente y de cuerpo. Bis ha calculado que tan sólo en el primer año de la Nueva Era los protectores, es decir, los descendientes de los protectores que estarían aquí abajo podrían dar vida a más de doscientos mil americanos. Luego, cada vez con

más experiencia y rapidez por lo tanto, se daría vida al resto. Y entonces, cuando en el planeta Tierra, devastado absolutamente por el inevitable holocausto atómico que todos vemos venir, no hubiese vida animal, aparecería el millón de americanos, que comenzaría quince años más tarde a repoblar el planeta; a partir de ese momento, la Tierra ya no se llamaría así, sino el planeta América, en el que, espero que lo hayas entendido, sólo habría seres hermosos, puros, y cuya cultura se basaría en los datos que se van archivando en otra dependencia de aquí abajo por medios audiovisuales y electrónicos. Hay un compendio increíble de toda la sabiduría actual humana en esa dependencia, y sería impartida por medios racionales, de rapidísima asimilación. Resumiendo y concretando: dentro de ciento dieciséis años a partir del holocausto atómico de nuestro planeta, los seres humanos, ahora por medios naturales, comenzarían la repoblación, y ya, en el nuevo planeta América sólo habría americanos, seleccionados entre lo mejor. No hay aquí semillas de hombres que no sean americanos puros... No hay negros, ni chinos, ni indios, ni hindúes, ni árabes... Sólo americanos. Un millón de americanos esperando la Nueva Era.

¿Estás sorprendido, Archie?

Archibald Arlington se había dejado caer en uno de los confortables asientos anatómicos, y estaba sacando el paquete de cigarrillos. Cuando se puso uno en la boca le temblaban los labios y las manos...

—No se puede fumar aquí —sonrió Winifred—: el tabaco será algo de lo que el millón de americanos ni siquiera tendrá noticia. El tabaco y otras muchas cosas, claro.

El cigarrillo había saltado de los labios de Archibald. Se inclinó a recogerlo, quiso volver a colocarlo en el paquete, y lo partió. Se dispuso a tirarlo, pero acabó por guardar los restos en un bolsillo de la chaqueta. Abrió la boca, la cerró, la abrió... Estaba lívido.

—Considerando el actual estado de cosas en el mundo —prosiguió como divertida Winifred—, no parece que valga la pena salvar de él demasiadas cosas, según piensa Bis. Todo está degenerando hacia un materialismo y pérdida de emociones humanas dignas de ese nombre. El hombre ha perdido sus valores naturales, y está empeorando y convirtiéndose en algo artificial. Se van sabiendo más cosas, pero la inteligencia natural se está

deteriorando. Se cometen asesinatos, hay guerras, el odio está incrementándose... No hay actualmente nada por lo que realmente valga la pena luchar... salvo el millón de americanos. Palabras casi textuales de Jacob Stewart-Frazer IV.

Archibald la miraba con ojos desorbitados.

—En cuanto a los hombres que están trabajando en todo esto, no hacen más que proseguir sus estudios científicos, patrocinados por el gran mecenas. Para ellos, todo esto no es más que experimentos científicos, estudio de la vida y la muerte... Son científicos, y no pueden ni quieren hacer otra cosa que lo que hacen. Pero, claro está, todos ellos trabajan con el convencimiento de que ese holocausto atómico no es cosa que vaya a producirse fácilmente. En realidad, lo ven sólo como algo remoto, como un... pretexto para sus investigaciones de toda clase. Ignoran la existencia de Nancy, incluso. Pero Bis tiene la bomba, y sabe que no vivirá mucho tiempo ya. Seguramente, no vivirá para asistir a esa hipotética devastación del planeta Tierra, y por lo tanto, a su muerte, no podría estar seguro de que todas sus instrucciones, deseos y sueños se iban a cumplir. Sólo podría tener una relativa seguridad de eso si el holocausto atómico se produjera en vida de él, y yo, mi pareja elegida, y cincuenta personas más, descendiéramos aquí dispuestos a esperar ciento un años para volver arriba y hacernos cargo del planeta América... para el millón de americanos. Así que... he pensado... que Bis no debe sentirse nada satisfecho con la idea de que él va a morir sin que se haya producido el holocausto atómico, y, por tanto, puesto en marcha sus planes.

La lividez de Archibald Arlington era ahora cadavérica.

—¿Quieres decir... —pudo jadear— que quizá... decida provocar ese holocausto atómico... utilizando a Nancy... como... agente impulsor, haciéndola estallar...?

Winifred miraba ahora a Archibald con los ojos muy abiertos, relucientes. De pronto, la muchacha estalló en un fortísimo llanto, y Archibald se puso en pie de un salto y la abrazó. Estaba aterrado, escalofriado. Jamás en su vida había sentido un frío como el de aquel momento, denso, tan dentro de él que le parecía que sus huesos se hubiesen convertido en hielo...

—Archie —alzó Winifred el lloroso rostro hacia éste—. Archie, tienes que encontrar ese truco de mi bisabuelo, tienes que

arrebatarle el control sobre Nancy... *¡Tienes que hacerlo!*

—Cálmate —tragó saliva Archibald—. Cálmate, querida... Lo encontraremos. ¡Maldita sea, ese hombre está completamente loco...!

* * *

—Algunas personas, al escucharme, quizá pensarían que estoy loco —dijo Jacob Stewart-Frazer, sonriendo—, pero claro está, estarían muy equivocados. ¿Es de loco tener una hermosa y complaciente compañera aunque sea a mi edad y en mis condiciones?

¿Qué dice usted, Archie?

—Bueno...

—¡Vamos, vamos! ¡Quiero una respuesta concreta y sincera!

Archibald asintió. Habían almorzado en el despacho del anciano, y ahora estaban tomando café y conversando animadamente, en un ambiente grato y simpático. Jacob reía con frecuencia las bromas del hombre de la CIA, y de vez en cuando acariciaba una mano a Merle, sentada a su lado.

—Está bien —dijo Archibald—. Realmente señor, creo que los locos serían los que dijeran que usted estaba loco. Me atrevo a suponer que su actividad sexual está... digamos ligeramente apaciguada...

El anciano soltó una carcajada.

—¡Ligeramente apaciguada! —exclamó—. ¡Formidable! ¡Siga, siga usted, muchacho!

—Lo que quería decir es que todas las cosas, o casi todas, nos ofrecen más de una faceta de disfrute. Por ejemplo, una persona cuyo sentido del olfato esté totalmente atrofiado es evidente que jamás podrá disfrutar del perfume de las flores, pero... no tiene por qué privarse también de la contemplación de su belleza.

Jacob quedó un instante desconcertado. Luego, volvió la resplandeciente mirada de su ojo hacia Merle Barroughs.

—¿Te das cuenta, querida? ¡Archie acaba de decir que eres una flor! Y es cierto... sí, es cierto. He perdido... la posibilidad de disfrutar de tu perfume, pero no de tu contemplación...

—Por favor, Jacob —susurró Merle.

—No tienes por qué turbarte. Has sido una compañera amable, cariñosa y fiel, Merle. Actualmente, yo debería... saber prescindir de ti de un modo definitivo, pero en mi egoísmo atroz... sigo contemplando la flor que ya no puedo oler. Sí, es un símil perfecto, muchacho. Pero le haré una pregunta: ¿cree usted que tengo derecho a seguir contemplando la flor?

—Pregúnteselo a la flor, señor.

—¿Merle? —inquirió el anciano.

—Creo que esta conversación es un poco violenta, Jacob... E innecesaria.

—De algo se ha de hablar. Pero si lo deseas, cambiaremos de tema. Veamos, Archie: ¿qué opina usted de las guerras?

—Jacob, creo que deberías descansar un poco —dijo Merle—. Te llevaré a tu habitación para...

—Espera un poco. ¿Y bien, muchacho?

—¿Las guerras? Pues... digamos que prefiero dedicarme a oler flores. ¿Lo he dicho de modo suficientemente delicado?

—¡Desde luego! —rió el anciano, dirigiendo una veloz mirada de reojo hacia Winifred—. Y especialmente, cuando las flores no sólo emiten una deliciosa fragancia, sino que además son hermosas a la vista. Supongo que, en definitiva, usted ha querido decir que prefiere hacer el amor, no la guerra.

—Pues sí —sonrió Archibald.

—Eso es perfecto. ¿Ha estado en alguna guerra, quizá?

—No. Ni siquiera en la de Vietnam, porque cuando sucedía eso yo ya trabajaba para...

Bueno, estaba trabajando en algo para lo que era considerado más útil.

—Entiendo. Yo sí he estado en las guerras. En varias: la Primera, la Segunda, Corea... Y ya ve cómo quedé: hecho una ruina. Le diré otra cosa: usted ve parte de mis... percances, pero no sabe nada más. Por ejemplo, tengo la espalda comida a balazos, los huesos de una pierna hechos pasta, dos heridas en el vientre... Bueno, sé que otros murieron, claro. Y me pregunto: ¿valió la pena?

—Por supuesto que no.

—Exacto: NO. Sin embargo, la guerra sigue siendo... una de las actividades más intensas y con más... futuro de la humanidad. ¿No le parece... gracioso?

—No, señor.

—¡Ah! ¿De veras? Bien, en ese caso, dígame: si usted tuviera imaginación suficiente para idear un sistema, algo que sirviese para eliminar, de una vez por todas, las guerras en este planeta... ¿lo haría?

Archibald parpadeó, y miró Winifred, que no reaccionó. Pero ambos comprendieron que Jacob Stewart-Frazer sabía que Winifred y él habían estado «viendo» al millón de americanos, y que posiblemente ella le había puesto al corriente de aquella parte de sus actividades y proyectos.

—Supongo que sí —murmuró Archibald—, pero según cómo, claro. Se dice que a veces es peor el remedio que la enfermedad.

—Podría ser. Pero eso sólo son puntos de vista. En lo que a mí respecta, los remedios siempre son mejores que la enfermedad... si acaban con ésta. Sea cual sea el remedio. Y hablo con conocimiento de causa: yo tuve que elegir entre el remedio de cortarme un brazo o perder la vida. ¿Cree que hice bien prefiriendo la vida?

—Si no lo hubiese hecho así, ahora no tendría ni brazo ni vida.

—¡Buena respuesta! Archie, me gustaría contar con usted en el futuro. ¿Gana mucho dinero en su empleo actual?

—No demasiado. Pero soy soltero, no tengo familia, así que realmente, las cosas me van bien.

—Pero podrían irle mejor si pudiera dedicarse exclusivamente a la Botánica, ¿no es cierto? Pienso que su vida sería más... armoniosa. Es absurdo que una persona a la que le gusta hacer zapatos lo dediquen a pintar cuadros, y viceversa. A usted le gusta la Botánica... ¿Por qué no dedicarse de lleno a ella?

—Nadie me pagaría cuarenta mil dólares al año por hacer eso, señor.

—Yo le ofrezco cincuenta mil. Bien, creo que, en efecto, sería conveniente que descansara un rato, Merle, así que...

La puerta del despacho se abrió tras sonar en ella unos golpecitos, y apareció el doctor Galloway, alto, rubio, hermoso. Su mirada fue directa hacia el anciano.

—Ah, perdone, señor, no sabía...

—Pase, pase, doctor Galloway. No interrumpe nada, pues ya iba a retirarme a descansar un poco. ¿Ocurre algo? ¿Alguna dificultad?

—No, señor, ninguna. Sólo venía a presentarle la lista del

material que debemos renovar, para que la firme si está conforme.

Jacob hizo un gesto, y Galloway se acercó, tendiéndole la tablilla en la que iba sujeta la lista. El anciano retiró un bolígrafo del bolsillo de la bata de Galloway y al inclinarse éste, y, sin ceremonia ni lectura alguna, firmó rápidamente la lista.

—Pero, señor...

—Sé que está bien —sonrió Jacob—. Hace casi treinta años que nos conocemos, Roscoe, y usted nunca ha hecho nada que no debiera. Por el contrario, siempre ha hecho lo más adecuado, por lo que le estoy francamente reconocido.

—Sólo cumplo mi trabajo —sonrió Roscoe Galloway.

—Yo diría que se excede —dijo amablemente Jacob—. Sé que hay algunas cosas que no tendría por qué hacerlas usted, y sin embargo las hace. ¿Está contento aquí, Roscoe?

¿Quizá hay algo con lo que no esté conforme, quizá quiere algo que a mí no se me ha ocurrido ofrecerle?

—No... No, señor —casi tartamudeó Galloway—. Todo está bien, no tengo queja alguna... ¡Al contrario!

—Me alegra mucho oír eso, de veras —sonrió Jacob.

Archibald se estaba dando perfecta cuenta de que Roscoe Galloway estaba un poco pálido, lo que le sorprendió. Y cuando casualmente, miró un instante a Merle, y también la vio un poco pálida y con la mirada fija en el suelo, se sorprendió de nuevo. Acto seguido, miró rápidamente a Roscoe Galloway, y otra vez a Merle...

—Es usted muy amable —dijo Galloway, como esforzándose en no gritar—. Siento haber interrumpido. Yo... Bien, si no desea nada de mí, o de abajo...

—No, no, no. Estoy seguro de que todos están haciendo lo mejor que saben y pueden por nuestro millón de americanos.

—Por supuesto, señor. Bien... Buenas tardes a todos.

Galloway se dirigió hacia la puerta como si no fuera capaz de ver otra cosa, evitando mirar a los lados, a nadie. Cuando la puerta se cerró, Archibald miró de nuevo a Merle, que seguía con la cabeza caída sobre el pecho, la mirada fija en el suelo. El hombre de la CIA parpadeó de nuevo.

—Querida, cuando quieras —dijo Jacob—. Archie, está usted en su casa... y en su despacho. Usted y Winifred pueden seguir aquí tomando café, si lo desean. Hasta luego.

—Hasta luego, señor.

—Hasta luego, Bis —dijo Winifred, acercándose para besar en la frente al anciano. Éste la miró directamente de pronto.

—Eres una gran chica, Winifred. Espero que siempre sepas elegir lo que más te convenga en la vida.

Miró a Merle, y ésta se colocó tras el sillón de ruedas, y lo empujó hacia la puerta.

Cuando ésta se hubo cerrado, Archibald miró a Winifred.

—Posiblemente, es el hombre más astuto que he conocido en mi vida —murmuró—. Y de los más inteligentes. Winifred, tu bisabuelo solo tiene un ojo, pero ve más con él que muchísimas personas con dos.

—¿Por qué dices eso? Archibald encogió los hombros.

—Nos ha dado una oportunidad formidable para registrar su despacho de punta a punta y de arriba abajo —murmuró—. ¿Qué crees que puede significar eso?

—Que su truco no está aquí.

—Puesto que esa bomba atómica tiene un nombre, vamos a ponerle otro a ese truco de tu bisabuelo. ¿Te parece bien que lo llamemos... Artefacto *Boom*?

—¿Qué más da?

—De acuerdo entonces: Artefacto *Boom*. ¿Dónde puede estar? ¿Aquí? Tú dices que no, pero yo pienso que quizá está precisamente aquí, y que el mejor modo de que nadie sospeche que está aquí es permitir que en este despacho entre quien quiera, cuando quiera y como quiera. Pero hay dos puntos que no debemos olvidar. Uno, que quizá tu bisabuelo no sospecha en absoluto que alguien pretenda arrebatarse el control del Artefacto *Boom*... posiblemente por la sencilla razón de que no ha hablado de él más que a personas de su más estricta confianza. Te habló a ti, y luego...

—¿A mí? No.

—¿Cómo lo sabes, entonces? —se desconcertó Archibald.

—Oí a él y a Merle hablando en unos términos que me hizo comprender las cosas.

—Lo que quiere decir que Merle sí está al corriente de todo. ¿Ha confiado más en ella que en ti?

—Ya te dije que Merle lleva con él veinte años. Durante ese tiempo lo ha sido todo para él. Y por algo que dijo Bis hace tiempo

un día que estábamos los dos aquí solos, no me sorprendería que le dejase diez millones de dólares.

—Es un buen pago de... servicios —murmuró Archibald—. Pero me pregunto si ese testamento llegaría a leerse. O sea, que Bis le habló a Merle de la bomba.

—No exactamente, al menos cuando yo les oí... la primera vez. La segunda sí estuvo todo claro. Naturalmente, la segunda vez no los oí casualmente, sino que busqué la oportunidad.

—Entiendo. ¿Quién más crees que puede saber lo de Nancy?

—Dudo que mi abuelo haya confiado en nadie más en esa parte del proyecto «Un millón de americanos».

—Entonces, ¿crees que te querían secuestrar, realmente, sólo para pedir dinero por ti a tu bisabuelo? Vamos, vamos, Wini... En este lugar hay alguien que sabe más de lo que debería saber... y yo creo que tiene sus propios planes.

—¿Qué planes?

—Eso ya es más difícil de adivinar, querida. Pero una cosa está clara: a ti te querían para poder tener una buena base que les permitiera presionar a tu bisabuelo. Querían... y deben seguir queriendo algo. ¿Nancy? ¿El Artefacto *Boom*? ¿Dinero? Dime tu opinión.

—Archie, tú eres analista, no yo —sonrió Winifred.

—Sí, yo soy el analista... pero estoy comprendiendo que no es lo mismo ser analista que ser detective o algo parecido. Mira a tu alrededor. Estamos viendo un despacho ubicado en un lugar poco corriente, pero que, por lo demás, no tiene nada excepcional realmente, salvo la emisora. Yo tengo el convencimiento de que es esta emisora. —Archibald se acercó a la radio— la que está en contacto con Nancy. ¿Quieres que te diga cómo pienso que está montado el sistema?

—¡Claro! —exclamó Winifred, acercándose.

—Bien... Veamos. Esta radio está ahora apagada. Silencio. Si queremos utilizarla debemos mover este dial —lo señaló—. En ese momento, queda lista para ser utilizada. Podemos utilizar diversas frecuencias de onda, que este selector —señaló— nos iría proporcionando. Así, por ejemplo, podemos comunicarnos con radioaficionados de varias partes del mundo, interferir las comunicaciones policiales de determinadas ondas, llamar a otra

emisora cualquiera en una frecuencia ya convenida... Las posibilidades son muchas. Pues bien: una de esas posibilidades tiene que ser Nancy. ¿Me vas entendiendo?

—Creo que sí.

—Sin embargo, eso entrañaría un peligro gravísimo. Supongamos que a alguien se le ocurre la idea de divertirse un poco con la emisora de tu bisabuelo, viene aquí, mueve el seleccionador de ondas, y contacta con la de Nancy. Nancy debe tener un receptor que, al recibir contacto, pone en marcha el mecanismo de disparo. A partir de ese momento, ya nadie podría detener la explosión atómica. ¿Crees que tu bisabuelo correría semejante riesgo?

—Desde luego que no —negó Winifred.

—Yo tampoco lo creo. Así que, lo haremos de otra manera. Esta emisora puede ser puesta en marcha no sólo accionando este dial —volvió a señalarlo—, sino utilizando un mando a distancia. Pero, cuando se utiliza ése mando, o sea, ese emisor que da la orden de puesta en marcha, esta radio, que sin duda tiene en su interior un dispositivo secreto, reacciona seleccionando una onda determinada automáticamente, por medio de la cual envía determinado mensaje al receptor de Nancy, el cual sólo reacciona, a su vez, ante ese mensaje determinado, que podría ser, por ejemplo, un zumbido, o varios, formando un conjunto clave. Luego, una vez emitido ese conjunto de sonidos clave, esta radio se para. Pero el receptor de Nancy ya tiene el mensaje. Y la bomba explota.

—Pero entonces... lo que tenemos que encontrar, o sea, lo verdaderamente importante, es el Artefacto *Boom*, el que hace poner en marcha el dispositivo secreto de esta emisora.

—¡Exacto! Y así llegamos al segundo de los puntos que no debemos olvidar: Jacob no puede cometer el error de dejar el Artefacto *Boom* en ningún sitio que no esté *siempre* bajo su control directo. Y digo *siempre, absolutamente siempre*.

Winifred abrió mucho los ojos.

—¿Quieres decir... que lo lleva encima?

—No puede ser de otro modo, Wini. *Tiene* que ser así. ¿Te has fijado en la silla de ruedas? Tiene un pequeño motorcito eléctrico para impulsarla, que supongo no es utilizado por Bis más que cuando Merle o alguien no está cerca para empujar la silla. Un motorcito eléctrico, y, por tanto, una instalación bien tapada...

dentro de la cual puede estar el Artefacto *Boom*.

—¡Pero sería muy pequeño!

—Querida, hay emisores tan diminutos que deben ser manejados con pinzas; la posibilidad de que Bis tenga uno, pongamos del tamaño de una judía, no es descabellada. Más que suficiente para enviar la señal fatídica a esta radio. En resumen: tenemos que examinar esa silla de ruedas... Y si el Artefacto *Boom* no está en ella, tendremos que hacer lo que sea para poder registrar las ropas de Jacob, porque el Artefacto *Boom* sólo podrá estar en ellas.

—Pero... ¿cómo vamos a registrar la silla? ¡Siempre está en ella, menos cuando...!

—Cuando duerme. ¿Merle lo pone en la cama?

—Sí, sí... A veces lo hago yo. ¡Pero se acuesta tan pocas veces! No tiene sueño casi nunca. Sólo echa una cabezada, descansa...

—Tenemos bajo nuestros pies un complejo de laboratorios que no valdría nada si no pudiésemos conseguir en él un narcótico adecuado. ¿Puedes encargarte de ello?

—Pero... ¡él se dará cuenta!

—¿De qué? —sonrió Archibald—. ¿De qué le entra un sueño invencible, delicioso, reparador? Bueno, ¿y qué? Le pedirá a Merle que lo acueste, eso será todo.

—Archie... ¡Archie, tengo miedo! Si Bis sospecha algo...

—No sospechará, si el narcótico tiene la categoría que cabe esperar. Tienes que conseguirlo, Wini. Y esta noche, durante la cena...

CAPÍTULO VI

Hacía mucho tiempo que no conversaba tan agradablemente —dijo Jacob—. De verdad, lo estoy pasando estupendamente.

—Debe ser por la cena —dijo Archibald, sonriendo—. Usted vive un tanto peculiarmente, señor, pero sin duda sabe cuidarse, y elegir muy bien su personal. Si yo fuese rico, le robaría la cocinera.

Jacob Stewart-Frazer sonrió, volviéndose hacia el silencioso camarero que era a la vez ayuda de cámara y, en definitiva, lo que podía definirse como mayordomo de la vivienda del anciano.

—¿Ha oído eso, Ronald? —exclamó—. ¡Se diría que el señor Arlington está enviando felicitaciones a su esposa!

—Se las transmitiré con mucho gusto, señor —el camarero miró a Archibald—. Y gracias de su parte. Es usted muy amable, señor Arlington.

—La cena es mejor que yo —aseguró Archibald—. Y en efecto, era mi intención felicitar a la cocinera.

—Susan estará encantada, señor.

—Seguro que sí —rió Jacob—. Yo no la felicito prácticamente nunca. Pero eso tiene una explicación: hace tanto tiempo que estoy acostumbrado a su excelente cocina que ya la considero corriente. Un error por mi parte, por supuesto. De modo que, Ronald, también de mi parte felicitará a Susan.

—Muchísimas gracias, señor. ¿Sirvo ya el café?

—Yo lo haré —se apresuró a decir Winifred—. Puede retirarse ya, Ronald. Es un poco tarde.

—De ninguna manera, señorita. Mi obligación...

—Oh, vamos, no tiene que ser tan estricto. Todos sabemos, por otra parte, que sabe usted cumplir a la perfección sus obligaciones. Pero creo que Bis tiene ganas de charlar esta noche, y la velada va a

prolongarse. ¿No es cierto, Bis?

—Pues sí —admitió el anciano—. Es formidable poder conversar de un modo no funcional. Y esta noche tengo cuerda para rato, de modo que puede retirarse, Ronald.

—Como guste, señor. Buenas noches a todos.

Ronald se retiró, dejando en el saloncito que servía de comedor a Jacob, Merle, Winifred y Archibald. Winifred se puso en pie, y se acercó a la cafetera térmica colocada en una mesita con el servicio de café.

—Precisamente —dijo Jacob—, estaba yo pensando que Archie nos hablase un poco de sus flores o plantas preferidas. ¿Qué me dice sobre eso, muchacho?

—Bueno, en realidad, señor, me gustan todas. No podría asegurar cuáles son mis preferidas.

—Ah... Sí, lo comprendo. Bueno, estaba yo pensando en embellecer un poco la factoría. Usted ya vio cuando llegó que no es un lugar precisamente simpático, ¿verdad? Unas cuantas naves, estacionamiento, vías para vagonetas... Horrible. Y ocupamos una extensión de terreno demasiado grande para robársela del todo a la naturaleza. ¿Qué podríamos hacer para darle un poco de alegría a todo esto?

Winifred casi vertió fuera de la taza el café que estaba sirviendo, y volvió la mirada, alarmada, hacia el hombre de la CIA.

—Depende de lo que quiera usted, señor —dijo Archibald—. Quiero decir que pueden ser árboles, plantas, arbustos...

—Lo dejo en sus manos —chispearon diminutos puntitos en el ojo de Jacob—. Aunque, naturalmente, no me opondré a que Merle exponga su gusto al respecto. ¿Qué dices tú, querida?

Merle sonrió.

—Estoy segura de que Archie no necesita mis consejos para sugerir algo que resulte agradable para todos.

—¡Muy bien dicho! —aprobó Jacob—. Ah, gracias, Winifred... Muy amable. ¿Y bien, Archie?

—Creo que me inclinaría por una ornamentación floral de rocalla y plantas fuertes, señor —dijo tranquilamente Archibald—. Cosas resistentes, recias, y salvajemente hermosas.

—¡Espléndido! —Jacob bebió un sorbo de café—. Espléndido, espléndido... ¿Conoce algunas de esas plantas?

—Caramba, hay muchísimas... Habrá que seleccionar las que fueran a estar al sol, a la sombra, o alternas...

—¿Podría citarme algunas?

Archibald miró a Winifred, que tras servir también a Merle le estaba sirviendo a él.

Luego, miró de nuevo a Jacob, que le contemplaba con evidente ironía.

—¿Algunas? Veamos... *Helianthemum*, *Mesembryanthemum*, *Prímula denticulada*, *Senecio*, *Verónica filiformis*. *Saponaria ocymoides*, *Dianthus plumarius*, *Calceolaria*, *Alussum montanum*, *Iris pumila*... Me parece que no son de su agrado, señor. ¿Quizá prefiere otro tipo de ornamentación floral?

—¿Eh...? —Salió de su pasmo Jacob—. No, no, así está bien. ¡Está muy bien!

—Claro que —añadió pensativo Archibald—, todo está también un poco en función al, dinero que usted quiera gastar en eso.

—Oh, el dinero no sería problema. Lo importante. —Jacob bostezó intentando disimularlo—. Lo importante sería que, vista desde tierra y desde el aire, la factoría resultase agradable... Y también estimulante, claro —volvió a bostezar—. ¡Caramba, parece como si tuviera sueño!

—Alguna vez habría de ser, Bis —rió Winifred—. Nadie puede pasar tanto tiempo como tú sin dormir, pero todo tiene un límite.

—Sí... Pero estoy tan bien aquí —bostezó casi ruidosamente—. Se está a gusto conversando, de modo que...

Bostezó ahora abiertamente. Merle rió dulcemente.

—Me parece que será mejor que te acompañe a tu dormitorio, querido.

—Sí, creo que será lo mejor... Perdonadme, pero...

—No tiene que disculparse, señor —dijo Archibald—. Todos hemos tenido alguna vez ese sueño invencible. En mi opinión ha cenado usted demasiado bien. Y ya sabe lo que ocurre cuando se come quizá un poquito de más.

—¿Qué... ocurre?

—Bueno, no entiendo mucho de eso, según parece, el estómago reclama una gran afluencia de sangre de todo el cuerpo para hacer frente al gran consumo que le exige el esfuerzo, y entonces, el cerebro recibe menos riego sanguíneo, y es cuando sobreviene esa

somnolencia. Algo así, me parece.

—Sí... Debe ser eso, sí... Yo... Bien, Merle, si fueses tan amable...

—Claro que sí —se puso en pie Merle—. Yo también me retiro ya. Hasta mañana.

Comenzó a empujar el sillón de ruedas. Jacob murmuró una soñolienta despedida, y movió la mano. Segundos después, Archibald y Winifred estaban solos en el salón. El hombre de la CIA terminó su café, sonriendo, y dijo: Espero que en el mío no hayas echado narcótico, Wini.

—No... ¡Oh, Archie, si se da cuenta...!

—Ya no se da cuenta de nada. No me sorprendería que estuviese dormido cuando llegase al dormitorio. De todos modos, esperaremos una hora. ¿Hay algún medio de saber si Merle se ha quedado con él?

—Sólo entrando en el dormitorio. Pero podría hacerlo yo, con el pretexto de asegurarme de que Bis está bien.

—De acuerdo. —Archibald miró su reloj de pulsera—. Esperaremos una hora.

Una hora más tarde, los dos estaban ante la puerta del dormitorio de Jacob Stewart-Frazer. Winifred empujó suavemente la puerta. Por la rendija vieron un leve resplandor. Abrió un poco más, y vieron la lamparita de la mesita de noche encendida. Jacob yacía en el lecho, al parecer profundamente dormido. Entraron, Archibald cerró cuidadosamente la puerta, y señaló hacia la cama.

—Asegúrate de que está dormido —susurró.

Estaba dormido. Y su aspecto era ahora terrible y patético a la vez. No llevaba el parche en el ojo, ni el brazo postizo, que se veía con sus mecanismos sobre un sillón junto al cual estaban sus ropas. Un poco más cerca de la cama estaba el sillón de ruedas. Archibald lo señaló.

—Yo miraré el sillón —susurró—. Tú mira en sus ropas. Míralo todo, incluso el brazo.

—Dios mío... ¡Pobre Bis, qué... qué desvalido se ve ahora, Archie!

El hombre de la CIA asintió, sacó el destornillador que se había procurado aquella tarde, y comenzó a examinar la silla de ruedas, mientras Winifred se dedicaba a las cosas del dormido anciano.

Una hora más tarde, cuando ya Winifred, tras registrar todas las pertenencias de su abuelo, estaba junto a Archibald mirando sus manipulaciones en la silla de ruedas, los dos sabían que no iban a encontrar nada. Winifred miraba asustada a Archibald, y éste, mientras colocaba todo tal como había estado en el sillón, se hallaba desconcertado. Terminó de apretar el último tornillo de la cubierta del motorcito, y miró a la muchacha.

—No lo entiendo... Tendría que estar aquí, *siempre* a su alcance. No puede ser de otro modo, Wini. He examinado incluso las ruedas... ¡Todo!

—Yo también. Hemos tenido tiempo de sobras... ¡Archie, tenemos que encontrar el Artefacto *Boom*!

El hombre de la CIA se sentó en el sillón de ruedas, y se quedó mirando al anciano, pensativo. Si el Artefacto *Boom* no estaba en sus ropas, ni en el sillón... ¿dónde podía estar que *siempre* estuviese cerca de él? ¿Dónde?

Todavía estaba reflexionando sobre ello cuando, de pronto, alzó la cabeza, tan sorprendido como Winifred, al oír ambos la voz de Merle Barroughs, suave, con un tono metalizado:

—Oh, no, Roscoe, otra vez aquí, no...

Winifred y Archibald se miraron, sorprendidos. ¿De dónde procedía la voz de Merle? Y entonces, oyeron la de Roscoe Galloway, también metalizada, pero nítidamente:

—Merle, tenemos que marchamos.

—¡Marchamos! —exclamó Merle—. ¿Qué dices?

La mirada de Archibald se posó sobre el aparato que había en la mesita de noche, y que parecía una radio corriente a transistores. Se acercó a ella, con Wini agarrada a su brazo. Procedente de aquel aparato, llegó de nuevo la voz de Roscoe:

—Él se ha dado cuenta. Sabe algo, Merle... Lo he comprendido esta tarde, cuando dijo todo aquello. ¡No sé cómo, pero se ha enterado de lo nuestro!

—Roscoe, por favor, vete ahora, ya hablaremos mañana...

—¡No! Mañana ya no estaré aquí. Ni tú tampoco. Merle, voy a ser sincero: al principio me acerqué a ti porque esperaba obtener beneficios materiales si te enamorabas de mí. Pensé que cuando él muriese te casarías conmigo, después de cobrar su legado, fuese el que fuese, y con ese dinero instalaría mi propio laboratorio... Las

cosas han cambiado. Ahora te amo, y ya no me importa que vengas a mí con dinero o sin él...

Hubo un silencio. Archibald y Winifred se miraron, y él sonrió sarcásticamente, haciendo un gesto de beso con los labios. Ella también lo había comprendido: Merle y Roscoe Galloway se estaban besando.

—Pobre Bis —murmuró Winifred.

El beso era muy largo. Luego, oyeron el suspiro de Merle. Y enseguida, su voz, tenue:

—Roscoe, no... No, no...

—Tenemos que hacerlo, Merle. Vístete ahora mismo.

—No, no... No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? El lo *sabe*. Y ese hombre me da miedo, te lo confieso. Incluso pienso que sería capaz de asesinarnos... Ahora está jugando con nosotros, pero cuando se canse...

—¡No puedo marcharme!

—No voy a pedírtelo más, entonces. Adiós, Merle.

—Roscoe... Roscoe, espera... Dame un día o dos... ¡Dame tiempo para hacerme a la idea!

—No.

—Él podría enfadarse tanto que... ¡Tú no sabes lo que puede llegar a hacer! No creo que mi fuga contigo le decidiese a algo tan horrible, pero si se enfurecía...

—¿Qué puede hacer peor que tenemos aquí a su disposición?

—Roscoe, dame un día... ¡Sólo un día! Por favor, mi amor, dame un día para... decidirme...

De nuevo el silencio. Poco después, otro suspiro de Merle. Luego la voz de Roscoe, densa:

—Merle... Mi vida...

—Sí... Oh, sí, sí, mi amor, toma de mí... lo que... Oh, sí, sí...

El receptor era de una calidad excepcional. Se oyeron los suspiros, los sonidos que sólo podían emitirse en determinado acto físico. Archibald miró a Winifred, que estaba pálida. Luego, señaló hacia la puerta, y ambos caminaron hacia allí.

Medio minuto más tarde, los dos estaban en el dormitorio de ella.

—Archie, ¿qué podemos hacer? ¿Qué *hemos* de hacer?

—¿Respecto a lo de Merle y el doctor Galloway? No lo sé. Es

una complicación marginal, Wini, nada que afecte a lo que realmente importa.

—Pobre Bis... ¡Y pobre Merle! No creas que la culpo demasiado, pero... ¡Oh! ¿Crees que Bis lo sabe, realmente?

—Vamos, Wini —gruñó Archibald—, ¡acabas de escuchar lo que él ha debido escuchar otras veces!

—Claro... ¡Ya no sé ni lo que digo! O sea, que Bis los ha estado oyendo otras veces, lo sabe... ¡No comprendo cómo lo acepta!

Archibald no contestó. Estaba pensativo, fruncido el ceño. No importaba nada lo de Merle y Galloway. Nada. Lo que importaba era encontrar el Artefacto *Boom*. Pero lo cierto era que lo de Merle y el doctor Galloway lo había distraído, descentrado... ¿Dónde podía estar el maldito artefacto?

—Archie... ¡Archie!

—¿Qué...? Ah, perdona. ¿Sí?

—¿Qué hacemos?

—Necesito relajar un poco la mente —masculló Archibald—. Todo lo estamos complicando; quizá... bastaría agarrar a tu bisabuelo por el pescuezo y obligarle a decirlo todo.

—Tú no conoces a Bis —negó ella—. No te fíes de su frágil y desvalida apariencia. Lo que importa es su carácter... y ése no lo doblará nadie, Archie.

—Sí, parece que los Stewart-Frazer tenéis un carácter firme y decidido. ¿Sabes de qué me estoy acordando ahora?

—¿De qué?

—De tu visita de anoche a mi camarote del yate. ¿No tienes por aquí un poco del mismo perfume?

—No —sonrió Winifred—. Lo siento, pero no.

—Bueno, no importa —murmuró Archibald, abrazándola por la cintura.

—Archie... Quizá Bis también tiene micrófonos aquí...

—Quizá. Pero él está dormido. Y se me está ocurriendo que de algo tenía que servir el narcótico...

Wini se colgó de su cuello, y cerró los ojos. Pareció ronronear cuando Archibald la besó. Se estuvieron besando largamente en un silencio sepulcral. En la nave no quedaba nadie, hacía horas que el trabajo había terminado por aquel día. Es decir, debía quedar solamente el vigilante nocturno... Todo era extraño. Todo.

Archibald deslizó sus labios por el cuello de Wini, que gimió quedamente. No se opuso en absoluto cuando él comenzó a deslizar los tirantes del vestido hacia los hombros. Lo miraba con un brillo intenso en los ojos... que cerró cuando él la besó en un seno.

—Archie...

El la llevó hacia el lecho, se tendieron en éste, se abrazaron, se besaron. El hombre de la CIA deslizaba una mano por las turgentes formas del cuerpo femenino, cuya piel iba adquiriendo un calor intenso...

Un calor intenso. Un calor intenso.

Archibald Arlington dejó de besar a Winifred, alzó la cabeza vivamente. Ella abrió mucho los ojos.

—¿Qué... qué pasa?

—Wini... ¡ya lo tengo!

—¿El qué? ¿De qué...?

La puerta del dormitorio se abrió de pronto, y los dos se volvieron, sobresaltados. Y quedaron inmóviles por el asombro al ver en la puerta a Dean, al fiel Dean Murray... que empuñaba una pistola con la que les apuntaba firmemente. Pero Dean no estaba solo: dos hombres desconocidos, igualmente armados de pistolas, entraron con él en el dormitorio.

—Salgan de la cama —ordenó Dean.

Winifred parecía no creer lo que estaban viendo sus desorbitados ojos. Si no hubiera sido por el vendaje en la cabeza de Dean habría pensado que no era él.

—¿Qué significa esto, Dean? —pudo exclamar.

—Vamos, déjense los dos de tonterías, y salgan de la cama. Tátese, señorita Stewart, no sea indecorosa. Usted, señor Arlington, camine hacia nosotros de espaldas, y con los brazos bien altos y los dedos extendidos.

Archibald obedeció. Fue cacheado rápida y hábilmente.

—No lleva armas —dijo uno de los acompañantes de Dean.

—Sorprendente en un agente de la CIA tan experto —dijo secamente Dean—. Puede volverse, señor Arlington.

Winifred había lanzado una exclamación, y ya puestas en orden sus ropas, se abrazó a Archibald, que miraba interesado a Dean. Pero éste se volvió hacia la puerta, donde acababan de aparecer tres hombres más.

—Tenemos a los otros dos —dijo uno de los recién llegados—. El viejo está dormido como un tronco.

—Despertadlo.

—Ya lo hemos intentado, pero...

—¡He dicho que lo despertéis! ¡Como sea!

—Lo intentaremos de nuevo.

Winifred fue a decir algo, pero Archibald le apretó la cintura, y permaneció en silencio. Dean Murray se volvió de nuevo hacia ellos.

—Vengan —ordenó.

—Dean —balbuceó Winifred—, no comprendo lo que...

—Es muy simple. Joe y Mac, aquel par de idiotas, trabajaban para mí, pero creían que se trataba de otra cosa, no tenían ni idea de la realidad de mi labor. Creían que sólo se trataba de dinero, así que cuando me negué a secuestrarla a usted en aquel momento, decidieron hacerlo por su cuenta. Bien muertos están.

—¿Qué es lo que creían ellos... y cuál es la realidad de su labor, Dean? —preguntó Archibald.

—Señor Arlington, usted fue muy hábil para desembarazarse de dos desgraciados como aquéllos, y me parece normal en un agente de la CIA. Pero no se engañe conmigo, yo no soy como Joe y Mac. ¿Está claro?

—Desde luego. ¿Cómo es usted? O mejor dicho... ¿qué es usted?

—Voy a tener la amabilidad de contestar a sus dos preguntas, señor Arlington. ¿Cómo soy? Soy implacable. ¿Quién soy? Soy el hombre que está buscando a Nancy. ¿Lo entiende?

—¡Dios mío! —exclamó Winifred—. ¡También lo sabe!

—Pasmoso —dijo con fría ironía Archibald.

—Nada de pasmoso —negó Dean, no menos irónico—. Sucede que el viejo Stewart-Frazer no es el único en saber colocar micrófonos. Usted, como colega, ya sabe lo que quiero decir, ¿no es así, señor Arlington?

—Me temo que se está equivocando conmigo, Dean. No soy un agente de la CIA tal como usted lo entiende. Soy sólo un analista.

—¡Ah! ¿De veras? —Un destello de interés apareció en los ojos de Dean—. Eso es nuevo. ¿Desde cuándo los analistas salen de sus madrigueras para hacer esta clase de trabajos?

—Quizá se lo diga si usted me dice cómo ha sabido que yo soy

de la CIA.

—Se me informó sobre usted por determinado conducto... que no viene al caso. Yo sabía ya que usted era de la CIA cuando fui con ella a su casa. Al principio me inquietó mucho. Luego, pensé que sería divertido que la propia CIA me ayudase a encontrar a Nancy.

—¿Es usted ruso, quizá?

La sonrisa de Dean Murray no pudo ser más fría.

—Venga conmigo.

Salieron del dormitorio y entraron en el de Jacob, donde dos hombres intentaban despertar al anciano, sin conseguirlo. En un lado estaban Merle y Galloway, parcialmente vestidos, ambos muy pálidos. Merle desvió la mirada cuando Winifred la miró directamente.

En el dormitorio contiguo había más hombres, podían verlos por la puerta de separación, abierta de par en par.

Dean Murray se acercó al lecho, donde los dos sujetos insistían en despertar a Jacob Stewart-Frazer. En vano.

—¿Pero qué demonios le pasa a este hombre? ¿Por qué no despierta? ¡Seguid con él!

—Es inútil, no hay modo.

Dean se volvió velozmente hacia Archibald.

—Señor Arlington, le voy a explicar la situación, para que no se llame a engaño ni espere soluciones de cuento de hadas... Hace tiempo que estoy intentando localizar a Nancy, Pero no ha habido manera, pese a los micrófonos que he colocado. El viejo nunca ha soltado prenda a ese respecto, ni sobre el sistema de ignición. Ni creo que lo hubiese hecho nunca, bien pensado. Sin embargo, con esa esperanza, yo iba esperando tiempo y tiempo, mientras iba pasando informes sobre este lugar a mis jefes, y posiblemente habría esperado todavía más tiempo si usted no hubiera intervenido. Pero ahora que ya ha intervenido, ahora que las cartas están boca arriba, no estoy dispuesto a perder la partida. ¿Está claro?

—Creo que sí —asintió Archibald.

—Muy bien. Aparentemente, la señorita Stewart-Frazer recurrió a usted de un modo privado. ¿Es así?

—Sí.

—¿Por qué?

—Precisamente porque temía que si intervenía la CIA directamente el señor Stewart-Frazer podía enfadarse y provocar la explosión de Nancy.

—Entonces, ¿realmente está usted solo en esto?

—Así es, lamentablemente. Claro que si hubiera sabido que iban a aparecer tantos rusos por aquí...

—No se canse. No somos rusos, ni trabajamos para Rusia.

—¿Para quién, entonces?

—Para alguien que me contrató precisamente por ser persona de tanta confianza de la señorita Stewart-Frazer. Y a mi vez, yo he ido contratando personal... adecuado. Nunca sabrá quiénes son mis jefes, señor Arlington.

—¿China? —susurró el hombre de la CIA. Dean Murray ladeó la cabeza.

—Señor Arlington, no soy yo quien debe facilitar informes a usted, sino usted a mí. Y salvo que lo haga inmediatamente y con todo detalle, los voy a matar a todos ustedes. ¿Está claro?

CAPÍTULO VII

Archibald Arlington asintió en silencio. Dean aprobó con un gesto a su vez.

—De acuerdo entonces. ¿Sabe usted dónde está Nancy y cuál es el sistema de ignición?

—No. Si lo supiera, ya no estaría aquí. Dean frunció el ceño.

—Eso es lógico y razonable —admitió—. De modo que también anda tras ello. ¿Con qué objeto?

—Con el de asegurarme de que esa explosión no se producirá, naturalmente.

—Bueno —sonrió secamente Dean—, está claro que nuestros objetivos son diametralmente opuestos. Dígame ahora...

—¿Está loco? —jadeó Archibald—. ¿Pretende decirme que quiere encontrar a Nancy para provocar una explosión atómica de veinte megatones en Estados Unidos?

Dean Murray encogió los hombros.

—Siempre y cuando me asegure de que yo voy a estar a salvo de ello, por supuesto —dijo—. Dígame ahora, señor Arlington; ¿qué es lo que le pasa al viejo?

—Está narcotizado. Queríamos asegurarnos de que podríamos buscar con tranquilidad el Artefacto *Boom*... o sea, lo que usted llama el sistema de ignición. Pensábamos que lo debía llevar encima, o tenerlo muy cerca, pero no es así. Lo hemos registrado todo, sin resultado.

—A veces, las cosas las tenemos tan cerca que no las vemos. ¿Qué me dice de la radio del despacho?

—Debe estar relacionada con el disparo, en efecto, pero de un modo que no será fácil adivinar. Y por supuesto, debe existir un sistema de control, de seguridad, que sólo el señor Stewart-Frazer

puede manipular.

—Muy bien, parece que la situación está clara por fin.

—No para usted, Dean: se ha metido en un lío. ¿No se le ha ocurrido pensar que forzosamente la CIA tiene que estar respaldándome? Espero que no se sorprenda demasiado si le digo que toda la factoría, y especialmente esta nave-vivienda, está vigilada estrechamente. Unos treinta hombres deben estar esperando una señal mía para intervenir.

—¡Oh, Archie, me has mentido...! —gimió Winifred.

—Wini, no podía hacer otra cosa... Lo siento.

Dean volvía a contemplar a Archibald con los ojos entornados, la expresión astuta, sarcástica.

—De modo que todo está bajo control... Puede ser cierto y puede no serlo, señor Arlington. Pero en todo caso, el control está repartido. Si la CIA controla el exterior, nosotros tenemos controlado el interior de la nave. Como usted bien sabe, no hay trabajadores digamos «normales» ahí fuera, ahora. Entrarán en turno a las ocho de la mañana. Mientras tanto, en esta nave sólo estamos nosotros, los dos vigilantes, que han sido dominados... y un grupo de personas de gran valía que ocupan la bóveda, debajo de nosotros. Y por último, tenemos... el lecho materno donde aguardan un millón de americanos. No se sorprendan de que sepa tantas cosas: el viejo hablaba mucho de esto con la señorita Barroughs. Pero no del sistema de ignición: eso nunca quiso decírselo. ¿O sí, Merle?

—No —murmuró Merle—. No, nunca. Pero tampoco se lo diría a usted.

—¡Bah! —rió Dean—. ¡Usted no es más que una puta al servicio de un viejo... y que sabe desquitarse ampliamente!

Y ya que nos estamos refiriendo al doctor Galloway, se me ocurre una idea: usted va a despertar al viejo, doctor. Sabe cómo hacerlo, ¿no es cierto?

—Podría intentarlo —susurró Roscoe Galloway—, pero en sus condiciones físicas, seguramente moriría, en lugar de despertar.

—¡No! —Se sobresaltó Winifred—. ¡Si Bis muere todo se pondrá en funcionamiento, lo sé!

—Pues acaba de darme una auténtica idea —la miró Dean.

Winifred palideció, dándose cuenta demasiado tarde del error

cometido. Si Dean quería que Nancy explotase, y muriendo Jacob eso era lo que iba a ocurrir precisamente... ¿qué cosa más adecuada y lógica que matar al anciano?

Archibald Arlington, que parecía captar los pensamientos de todos, alzó un dedo, y Dean lo miró interrogante.

—¿Sí, señor Arlington?

—Usted tiene un problema, Dean. Suponiendo que, realmente, al morir el señor Stewart-Frazer Nancy explotase, es más que posible que la explosión alcance este lugar, de modo que sería uno de los que morirían. Y según entiendo, eso no entra en sus planes.

Dean asintió, y señaló al anciano.

—Doctor Galloway, quiero que lo despierte... No que lo mate, esto está bien claro. Su vida me responde de la del viejo.

—¡No puedo garantizar que no morirá! —jadeó Galloway—. ¡Además, no quiero hacerlo, sería casi un asesinato!

—Bueno, hombre, no se lo tome así —sonrió Dean—: de este modo elimina a su rival ¡Vamos! ¡Quiero saber cuánto antes cómo hacer explotar esa bomba!

—Espero que se dé cuenta de lo que está haciendo —dijo el hombre de la CIA, muy sereno—; significa la muerte de muchas personas de un modo inmediato, y una posible conflagración atómica de un nivel espantoso. Cabe pensar que no tendría usted ni un solo lugar en el que poder gastar su paga de mercenario asesino: el mundo saltaría en pedazos en poco tiempo, Dean.

—Tonterías... ¡Exageraciones! Sólo ocurrirá que unos cuantos países se zurrarán la badana acusándose unos a otros... y quedarán tan debilitados después de eso que pasarán a ser pigmeos en el concierto mundial, mientras que otros que ahora son pigmeos pasarán a ser los gigantes.

—Ya. Y en uno de esos futuros gigantes debe tener usted reservada una plaza importante, ¿no es así?

—Exacto.

—Dean, no sea cretino. Le han engañado... Aun en el supuesto de que pensarán darle algo tan importante como usted cree, no llegará la ocasión, no quedará nada de qué disfrutar. Será el holocausto final, será...

—Hacedlo callar —masculló Dean.

Archibald se volvió vivamente, dispuesto a protegerse, pero

recibió en el acto un tremendo golpe en el vientre propinado con una de las pistolas, y el dolor fue tan horrible que se inclinó hacia delante, desencajado el rostro, lívido. Tal como estaba, recibió un puntapié en la barbilla, y, cuando se erguía debido al impacto, otro puntapié, ahora entre las ingles, que lo fulminó. Rodó por el suelo, tan pálido, tan desencajado el rostro, que parecía muerto. Winifred se abalanzó sobre él, pero un violentísimo bofetón del propio Dean la desvió de su línea y la derribó rodando por el suelo.

—No quiero más tonterías ni sentimentalismos —advirtió fríamente—. De modo que cada cual se va a ocupar de lo suyo, sin buscarme complicaciones, o será eliminado ahora mismo. ¿De acuerdo? Muy bien, Karl —miró a uno de sus hombres—, ¿seguro que todo está bajo control?

—Sí, seguro. Los dos vigilantes de la nave, los criados de esta vivienda... Abajo tenemos a cuatro hombre controlando los laboratorios y todo lo demás desde el pasillo. No hay cuidado por esa parte, Dean, pero...

—¿Qué? ¿Qué te pasa ahora?

—Lo que ha dicho ese tipo de la CIA. —Karl señaló al desvanecido Archibald—. Bueno, si él ha dicho la verdad...

—Sólo ha querido asustaros.

—Puede que sí y puede que no. Mira, una cosa es provocar una paliza a muerte entre algunos países, aunque uno de ellos sea el nuestro, si eso nos da dinero para vivir como reyes el resto de nuestra vida. ¡Que se joda quien sea, a mí me da igual! Pero de eso a que nosotros también la palmemos por...

—¡No seas estúpido! Eso son fantasías de esta gente, no pasará nada tan grave. ¡Y basta de charla! Usted, doctor, espabile: quiero que el viejo despierte cuanto antes.

¡Vamos, muévase!

—Tengo... tengo que ir a buscar algo abajo...

—De acuerdo. Dos de mis hombres le acompañarán... como una defensa especial.

Hizo una seña a dos de los hombres, y éstos miraron a Roscoe, que inclinó la cabeza y se dirigió hacia la puerta. Dean Murray miró a Winifred, que se había deslizado junto a Archibald, y tenía ahora su cabeza en el regazo. En la cama, ajeno a todo, Jacob Stewart-Frazer dormía profundamente, como posiblemente nunca lo había

hecho en su larga vida. Cuando Galloway regresó, portando un pequeño maletín, Archibald se había recuperado ya, y estaba sentado en el suelo, junto a Winifred, sometido a la amenaza de las armas.

—De acuerdo —dijo Dean—. Proceda, doctor. ¡Y con cuidado!

—No puedo garantizar nada —murmuró Galloway.

—Hágalo.

—Hay que incorporarlo. Tengo que hacerle un lavado de estómago antes de inyectarle.

—Ayudadle.

Dos minutos más tarde, Jacob Stewart-Frazer comenzaba a vomitar violentamente, todavía dormido. Era un espectáculo repugnante y espantoso ver aquella figura humana en aquella situación. Seguía dormido, pero expulsaba una y otra vez, con tremendos espasmos. Winifred y Merle rompieron a llorar, la última silenciosamente. Galloway estaba lívido, y de vez en cuando le temblaban las manos, pero proseguía su labor, sin mirar a nadie. Cuando consideró que había limpiado lo suficiente el estómago del anciano, procedió a inyectarle. Luego lo dejaron tendido en el lecho. El silencio era tal que se oía la jadeante respiración de Jacob. Galloway le tomó el pulso, le alzó el párpado del ojo...

—¿Qué? —Gruñó Dean Murray.

—Es muy fuerte... Creo que lo soportará. Tenemos que esperar unos minutos. Dos o tres.

Casi tres minutos más tarde, el ojo de Jacob se abrió, de un modo lento, parpadeante. Quedó abierto y fijo; luego, comenzó a moverse, con movimientos bruscos; parecía... un ojo mecánico.

Archibald miraba como fascinado al anciano. Tenía la esperanza de que éste hubiera prevenido todas las contingencias, y que encontraría el modo de burlar a Dean. De lo contrario, él tendría que hacer algo... Pero ¿qué podía hacer? Contando a Dean, había allí seis hombres armados de pistolas. Y cuatro más en los laboratorios. ¿Qué podía hacer él solo contra diez hombres armados, seis de ellos ante él, amenazándole? Seguramente, nada. Pero si Jacob no tenía prevista aquella situación, tendría que hacer algo... aunque sólo fuese morir acribillado en su intento.

—¿Qué... qué pasa? —farfulló Jacob, con voz áspera—. ¿Qué demonios...? Dean se acercó más a la cama.

—Queremos a Nancy —dijo sin preámbulos.

Jacob se quedó como atónito unos segundos, antes de asentir lentamente.

—Ya veo —murmuró—. ¿Es usted amigo de Archie?

—Todo lo contrario. Se puede decir que el señor Arlington y yo tenemos intenciones totalmente opuestas. Él quiere anular a Nancy: yo quiero activarla. Y, señor Stewart, será mejor que no se complique la poca vida que le queda: usted me entregará a Nancy... Es decir, me dirá dónde está, y cómo activarla.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque si no lo hace prepárese a ver lo que mis hombres y yo hacemos con su biznieta. Oh, no, nada de matarla... Tampoco vamos a violarla, ni tonterías de esas. Simplemente, la iremos haciendo pedazos delante de usted.

—No, no... Les diré todo lo que...

—¡No, Bis! —exclamó Winifred—. ¡No quiero que se lo digas, no le digas nada, me hagan lo que me hagan!

El anciano miró a la alterada muchacha.

—No puedo permitir eso, querida —murmuró.

—¡Sí puedes permitirlo! ¡Quieren hacer explotar a Nancy, y si lo consiguen morirán cientos de miles de personas!

—Pero si no se lo digo te matarán a ti, querida... y no de un modo rápido, sino cruel, lento, brutal, espantoso...

—No... ¡No! Bis, sólo es mi vida... Una vida contra cientos de miles de vidas...

—Querida, tu vida vale para mí más que todas esas otras... No conozco a las personas que van a morir, no me interesan. A ti sí te conozco, y te amo. Eres lo único que me queda en la vida por lo que vale la pena luchar. Tengo para ti... un futuro maravilloso: serás la primera de los Stewart-Frazer de la nueva raza. Serás una de las protectoras de nuestro millón de americanos. Te tengo reservado eso, eres sangre de mi sangre, te amo... ¿Qué me importan a mí esos cientos de miles de vidas en comparación? Ni esos cientos de miles, ni cientos de millones, ni miles de millones... Winifred, querida, nadie vale nada.

¡Qué pocos son los dignos de salvarse! He estado en varias guerras, he dado pedazos de mi carne, partes de mi cuerpo, he dejado jirones de mi espíritu en algo... tan absurdo como son esas

matanzas sistemáticas originadas por enfrentamientos económicos de las grandes potencias... Y nada ha servido de nada, porque nada valía nada. Sólo con el paso de los años me he ido dando cuenta del tremendo error en que vivimos y morimos. Y he comprendido que ese error no está fundamentado en la ignorancia del ser humano, sino en la maldad, en la codicia, la ambición. No hay nada más: unos cuantos listos viven a costa de muchos menos listos. Y cuando llega el momento de sacrificarlos, no lo hacen por cientos de miles, sino por cientos de millones. ¿Acaso ignoras que en las altas esferas del poder y la inteligencia ya están preparando el exterminio de *dos mil millones* de seres humanos, sólo por el hecho de que ya somos demasiados en el planeta Tierra?

—Usted está loco —jadeó Galloway.

La mirada pareció saltar hacia Roscoe como pretendiendo perforarlo.

—¿Yo estoy loco? Roscoe, es usted un pobre muchacho ignorante... y desagradecido. Como todo el mundo. Sólo hay maldad y egoísmo. En las guerras, en la vida social, en las familias, entre los amigos... ¡En todas partes! ¿Cree que no sé hace tiempo lo de usted y Merle? ¿Realmente piensa que soy tan imbécil que podían engañarme? Hace tiempo que lo sé, pero he esperado... He esperado en vano, como he esperado de este desagradecido mundo un detalle de bondad, de generosidad, de agradecimiento. Somos tan... bestiales, que ni siquiera agradecemos a quienes lucharon por lo que se llama patria. ¿Qué cree que piensan de mí quienes me ven? Oh, no piensan que soy un héroe que ha dado pedazos de su cuerpo por su patria, no... Piensan que soy un monstruo. Y nada más. ¿Y usted? ¿Y Merle? ¿Y todos los que están trabajando a mis órdenes? ¿Me agradecen algo? ¡No! Sólo se aprovechan de mi generosidad, pero, como usted, me traicionarían en cuanto les conviniera. Ya he desesperado de encontrar algo que valga la pena en los actuales habitantes del planeta Tierra, de este mundo desagradecido poblado por miserables, embusteros, traidores, cobardes, malvados, criminales, hipócritas, demoniacos seres en los que nunca se puede confiar para nada. Sin embargo, servirán como cuidadores del millón de americanos. Mas no lo harán por generosidad, ciertamente, sino porque de ello dependerá su supervivencia. No tengo por qué tener ninguna consideración a

nadie de este desagradecido y repugnante mundo que, de un modo u otro, va directo al caos, al exterminio total. De modo que, a cambio de la supervivencia de mi amada Winifred, yo pactaré con quien sea. ¿Quieren a Nancy? ¡Pues yo les doy a Nancy! Pero eso sí —el ojo de Jacob regresó hacia Dean Murray—: quiero garantías de que Winifred saldrá con bien de esto.

—Tendrá todas las que quiera —asintió Dean—. No tengo ningún interés en matarla, se lo aseguro. Sólo quiero hacer el trabajo por el que van a pagarme de un modo que para mí es altamente satisfactorio...

—Pero con el cual traiciona a su patria, ¿no es así? Porque si hace explotar a Nancy, en efecto, cientos de miles de personas morirán; con lo que ya tenemos que también usted forma parte de este desagradecido mundo lleno de...

—Escuche, señor Stewart, ya le hemos soportado suficiente rollo —cortó Dean—. Quiero saber dónde está Nancy y cómo activarla, y nada más. No me interesan sus problemas morales o filosóficos.

Jacob suspiró profundamente.

—Nancy está a ciento cincuenta kilómetros de aquí, hacia el Sudeste, cerca de Peoría, en el silo de una fábrica que hace dos años adquirí, y que siempre está a punto de ser puesta en marcha, pero nunca termina de hacerse. Con esta excusa, mis hombres han estado preparándolo todo allí, y Nancy está bien oculta dentro del silo, y lista para ser activada.

—Ciento cincuenta kilómetros... Eso significa que la explosión no afectaría a Chicago.

—Claro que no. Si tengo mi bóveda no es por Nancy, sino por lo que, seguramente, seguirá después.

—Entiendo. ¿Cómo podemos activarla? Vamos, señor Stewart, eso es algo que los dos deseamos, ¿no es cierto? He escuchado muchas conversaciones entre usted y Merle, por medio de unos micrófonos... Sé lo que usted desea, todo eso del millón de americanos, que el mundo se haga pedazos... ¿No se da cuenta de que, en realidad, le estoy ayudando a conseguir sus propósitos?

Jacob asintió.

—Así lo entiendo, en efecto. Llegará el holocausto final, y todos mis proyectos de pondrán en marcha automáticamente. Y dentro de ciento un años, cuando salgan a la luz del sol mi millón de

americanos, lo encontrarán todo limpio, todo nuevo, esperándoles para que puedan... empezar de nuevo...

Todos contemplaban fascinados a Jacob. Dean miró a sus hombres, guiñó un ojo, y se llevó disimuladamente un dedo a la sien, barrenando en ella, con el clásico gesto de alusión a la locura.

—Espléndido, señor Stewart, espléndido...

—Sí —sonrió Jacob—: espléndido. ¿Quiere saber cómo podemos activar a Nancy? ¡Es tan sencillo...! Pero tenemos que bajar a la bóveda, al refugio atómico.

—Pues bajaremos.

—Con mi pequeña Winifred —condicionó Jacob—. Y con el simpático Archie. Quiero estar seguro de que ellos están a salvo en todo momento... ¡No me fío mucho de usted!

—Bajaremos usted, yo, su pequeña Winifred, el señor Arlington y dos de mis hombres.

Prometido, señor Stewart. ¿Hay que bajar algún aparato, alguna herramienta...?

—No, no. Todo está allí... Me duele la cabeza... Tengo unas pastillas en ese cajón de la mesita... Por favor...

Dean Murray abrió el cajón de la mesita, encontró el tubo de analgésicos y lo tendió al anciano, pero al ver su única mano tendida sonrió amablemente, sacó él mismo una pastilla y se la puso en la palma. Jacob la tragó enseguida, fácilmente, sin pedir siquiera agua.

—Se me pasará enseguida —murmuró—. Déme sólo un minuto, y me sentiré mejor...

Cerró el ojo. Todas las miradas convergían en él, pero el único que estaba pensando de modo constructivo allí era Archibald Arlington. Entonces, ¿se había equivocado? Cuando apareció Dean, él creía haber descubierto cómo funcionaba Nancy, dónde estaba el Artefacto *Boom*. Pero ahora resultaba que estaba en la bóveda antiatómica. ¿Tenía sentido esto? Claro que Jacob podía bajar rápidamente a la bóveda, pero, ciertamente, esto no era lo mismo que tener *siempre* a su alcance el Artefacto *Boom*. No, no era lo mismo...

—Ya me encuentro mejor —abrió el ojo Jacob—. Podemos bajar cuando quiera.

—Ahora mismo —dijo Dean—. Ayudadle a colocarse en la silla

de ruedas... ¡Usted quieto, señor Arlington!

Los dos hombres que habían acompañado a Galloway pasaron al anciano desde la cama al sillón. En pijama, con un brazo menos, tuerto, delgado, arrugado, Jacob Stewart-Frazer era la imagen de la indefensión, del desvalimiento.

—Quedaos aquí vigilando a esta pareja de puercos —dijo Dean, mirando al resto de sus hombres, pero señalando hacia Merle y Galloway—. Y matadlos sin compasión si hacen alguna tontería. Bien, vamos allá, señor Stewart.

Salieron del dormitorio. Por la trampilla, bajaron al sótano destinado a laboratorios. Luego descendieron los seis en el velocísimo ascensor, una vez Dean Murray hubo dado instrucciones a sus cuatro hombres apostados en el pasillo para que no se descuidasen.

El ascensor era silencioso, apenas se oía como un siseo, un débil y lejano zumbido eléctrico.

Llegaron abajo y la puerta de plomo de abrió.

CAPÍTULO VIII

—Empujad el sillón —dijo Dean.

Salieron del ascensor. El silencio era impresionante allí abajo. Los dos hombres de Dean no las tenían todas consigo, miraban a todos lados con desconfianza y temor. Ni por asomo podían esperar encontrar aquellas instalaciones que les impresionaban, que les hacían barruntar cosas extrañas, cosas que ellos nunca podrían controlar... Tampoco Dean había estado antes allí, y su gesto era muy parecido al de sus hombres. Quizá por primera vez estaban comprendiendo que se habían metido en un asunto de tal envergadura que él no encajaba. Quizá por primera vez se estaba dando cuenta de que, a cambio de promesas, estaba actuando como una marioneta al servicio de gentes de las que él mismo sabía muy poco. ¿China? Bueno, quizá Arlington tuviese razón, aunque desde luego, él no había tratado con ningún chino. Ni con rusos... Comprendió de pronto que nunca sabría la verdad.

Y comprendió de pronto que, tanto si fracasaba como si triunfaba en aquel extraordinario asunto, sería eliminado. Fue una revelación súbita, como un impacto en la frente.

Se detuvo.

—¿Qué ocurre? —Le miró Jacob.

Dean Murray se pasó la lengua por los labios.

—No me gusta esto —susurró—. ¡No me gusta!

—Estamos llegando —se sorprendió Jacob—. ¿Acaso teme algo de mí?

—No... No es eso. Volvamos arriba.

Jacob se quedó mirándole hoscamente, ladeada la cabeza.

De pronto, su mano se posó sobre los mandos eléctricos de la silla rodante; mandos que casi nunca utilizaba, pero que

funcionaban a la perfección. Se oyó el zumbidito del motor eléctrico, acto seguido la silla giró, y salió disparada fuertemente contra Dean Murray, que fue lanzado contra la pared por las rodillas del anciano y el soporte para los pies...

Simultáneamente, Archibald se volvía, y su puño derecho golpeaba fuertemente a uno de los hombres en la boca del estómago, mientras con la mano izquierda le arrebatava rápidamente la pistola. Fue tan rápida su acción que el otro no tuvo tiempo de reaccionar a su vez, sorprendido como estaba por lo sucedido a Dean; pero pese a recibir de lleno en los testículos el puntapié de Archibald, todavía pudo alzar la pistola, apuntarle... Archibald se dejó caer de rodillas, y su disparo resonó en la bóveda al mismo tiempo que el del otro. La bala disparada contra Archibald fue a hundirse en la boca del adversario, abierta en un gesto crispado de dolor y rabia... El hombre se enderezó por la fuerza del impacto y salió despedido contra la pared, chocando de espaldas en ella y cayendo de bruces al suelo...

Archibald, demudado el rostro, giró sobre sus rodillas y extendió el brazo, apuntando a Dean, que acababa de empujar la silla, alejándole de sí, maldiciendo.

—¡Quieto! —ordenó Archibald—. ¡Deje caer la pistola, Dean!

Dean Murray movió un poco el brazo, pero comprendió que jamás adelantaría al hombre de la CIA en el disparo. Miró de reojo al hombre que Archibald había derribado de un puñetazo, y lo vio tendido en el suelo, sacudiendo la cabeza... mientras Winifred se apoderaba de su pistola y le apuntaba a su vez, aunque no con la firmeza de Arlington, ni mucho menos.

—¡No mueva más esa mano! —advirtió Archibald—. Sólo ábrala para que la pistola caiga al suelo.

Dean aflojó los dedos y la pistola rebotó en el suelo. Winifred se apresuró a recogerla también y volvió su desorbitada mirada hacia Archibald, que se ponía en pie, casi al mismo tiempo que, torpemente, comenzaba a hacerlo el otro sujeto.

—Vaya hacia ellos —ordenó Archibald—. Y sepa que no voy a vacilar en disparar, Dean.

Los quiero juntos, desarmados y quietos.

—Podemos encerrarlos en uno de los... ¡Bis! —exclamó Winifred—. ¿Qué haces?

El anciano hacía funcionar de nuevo su silla, dirigiéndola hacia el ascensor. Winifred hizo intención de correr tras él, pero en aquel momento, por detrás de Jacob descendió un tabique transparente, que los separó. Se oyó el seco impacto del borde contra el piso del pasillo. Archibald corrió hacia el inesperado obstáculo, y lo palpó con una mano... mientras Dean y el otro se apresuraban a ponerse fuera de su alcance, corriendo pasillo adelante y entrando en uno de los compartimientos.

—¡Jacob! —gritó Archibald—. ¡No sea loco! ¡Suba este maldito tabique, o lo voy a destroz a balazos...!

—No hace falta que grites, muchacho —le sonrió el anciano, vuelto hacia él—. Se oye perfectamente a través del tabique... que por otra parte es a prueba de mucho más que unas simples balas. Tened cuidado con esos dos, y quedaos aquí abajo. Os deseo larga vida... y siento que no podáis llegar al final de la aventura. Pero quizá lleguen vuestros nietos. Tenéis mi bendición.

—¡Jacob! ¡JACOB, NO LO HAGA...!

El anciano había vuelto de nuevo su silla, que rodaba ahora hacia el ascensor. Le vieron entrar en éste, la puerta se cerró. Eso fue todo.

—¡Aparta! —exclamó Archibald—. ¡Voy a disparar contra...!

—Archie, es inútil —gimió Winifred—: si Bis dice que no podremos con ella, es así. ¡Nos ha dejado en la bóveda! ¿Entiendes lo que eso significa?

Archibald comenzó a golpear el tabique, demudado el rostro por la desesperación.

¿Que si comprendía lo que significaba? ¡Significaba, ni más ni menos, que Jacob iba a activar el mecanismo que pondría a Nancy en marcha hacia la explosión de veinte megatones... cerca de un lugar donde vivían miles de personas! Y significaba también que dejaba allí abajo, como cuidadores del millón de americanos, a ellos dos, a Dean, y al otro individuo... ¡Estaba loco!

Pero no.

Jacob Stewart-Frazer no estaba loco, ni mucho menos.

Nada más llegar al nivel de los laboratorios, salió del ascensor, llevando en su mano el objeto que había tomado del doble piso del ascensor. Un objeto de medio metro de largo, que parecía... un simple tubo, y que los cuatro hombres de Dean se quedaron

mirando sorprendidos, paralizados por el desconcierto...

Del tubo brotó un delgado haz de luz de tono anaranjado, acertó al primer hombre, pareció atravesarlo, llegó al segundo, lo derribó sin un grito siquiera... y se desvió hacia los otros dos. El rayo atravesó a otro sujeto, mientras el cuarto, pálido como un muerto, disparaba contra Jacob. El anciano se estremeció al recibir el balazo en el vientre, pero otro haz de luz brotó del tubo y el cuarto hombre cayó, fulminado, como los anteriores, muerto instantáneamente.

El sillón rodante se desplazó, quedó frente a la pared lisa. Es decir, aparentemente lisa. Jacob presionó en determinado punto, y la pared se deslizó en amplio rectángulo hacia un lado, dejando visible otro ascensor. Antes de entrar en éste, Jacob apretó en otro punto de la pared, y en el acto comenzó a sentirse un suave zumbido intermitente, y las luces comenzaron a cambiar de color mientras se encendían y apagaban. Jacob entró en el ascensor, la puerta de éste se cerró, la de acceso al piso superior por los escalones quedó bloqueada.

El anciano emitió una risita. ¡Con los años que llevaba preparándolo todo, previniéndolo todo, iban a vencerle a él en sus dominios! Emitió una risita en el momento en que el ascensor se detenía suavemente, y, enseguida, frente a Jacob se desplazaba otra puerta.

Dentro de su dormitorio, los tres hombres de Dean, Merle y Galloway se volvieron a mirar hacia allí, estupefactos: el trozo de pared, con mesita de noche incluida, se había desplazado, y en el hueco, mirándoles aviesamente, vieron al anciano.

—Jacob... —jadeó Merle.

Los tres hombres de Dean no sabían qué hacer, estaban atónitos, desconcertados. Cuando brotó el primer haz de luz, uno de ellos cayó fulminado, y los otros dos comenzaron a reaccionar. El segundo no llegó a tiempo de nada, pues el haz anaranjado le alcanzó. El tercero disparó, pero tan nervioso que la bala salió desviada... y en cambio el haz de luz le acertó de lleno en el pecho.

Jacob entró en el dormitorio. La puerta se cerró tras él.

El anciano apuntó el tubo hacia Merle y Galloway, que ahora estaban juntos, abrazados aterrorizados.

—Ji, ji... ¡Ji, ji, ji! ¿Tenéis miedo? ¡Pues tengo que deciros que con motivos! Abajo está sonando la señal de emergencia, lo que

significa que todo el personal de los laboratorios y demás servicios saldrán corriendo hacia el ascensor y querrán cumplir mis instrucciones, esto es, descender a la bóveda en tres grupos. Cuando el tercer grupo llegue abajo, todo quedará bloqueado. Si dentro de un par de minutos no ocurre nada, el simulacro de emergencia habrá terminado y todos podrán volver a sus puestos. Pero si el ascensor queda bloqueado significará que en el exterior ha habido una explosión atómica, y por tanto ya no deberán salir de la bóveda hasta que en los indicadores desaparezca la señal de contaminación... lo que posiblemente sucederá dentro de cien años. ¿Lo entendéis?

—Señor Stewart, nosotros...

—¡Vosotros sois unos malditos miserables, vosotros formáis parte de este maldito mundo desagradecido! Y por eso... por eso no os he matado antes... He estado esperando este momento... ¡El momento de veros cómo os convertís en cenizas ante mis ojos cuando Nancy haga explosión!

—Pero... esa explosión sería a ciento cinc...

—¡Estúpidos! —rió agudamente Jacob—. ¿Pensáis que iba a tener a Nancy tan lejos de mí? ¡Está en una de las naves de envasado, disimulada en forma de maquinaria desechada! ¡Todos sois unos imbéciles, pero sobre todo sois unos desagradecidos y malvados, y miserables...! No merecéis vivir... ni ahora ni en el Planeta América... No, no temáis, no voy a mataros, ya os he dicho... que he sabido esperar para veros... convertidos... en sucias cenizas... ¡Quietos ahí!

Merle rompió a llorar. Galloway, que había hecho intención de acercarse al anciano, se detuvo en seco, murmurando:

—Sólo quería ayudarle. Está usted herido...

—No importa... Aunque no me hubiesen acertado con una bala, igualmente iba a morir.

¡Todo estaba pensado! ¿Creísteis que tomé un analgésico, que me dolía la cabeza? ¡Insensatos! Lo que tomé fue un veneno que pronto... pronto terminará con mi vida... Y cuando yo sea solamente... un frío cadáver, Nancy... Nancy acabará con todos vosotros. Con los ojos del espíritu veré cómo os... desintegráis, os convertís en negra basura... basura que... Y con esos mismos ojos veré dentro de... de poco... a mi millón de... de amer...

Jacob calló bruscamente. Quedó inmóvil, desorbitado por la furia su ojo resplandeciente. Galloway apartó con suavidad a Merle, y se acercó al anciano, manchado de sangre, tuerto, lacerado por docenas de heridas físicas y emocionales.

Merle arreció en su llanto. Galloway se quedó mirando el cadáver todavía caliente. Pero pronto se enfriaría... ¿Qué habría querido decir...?

Se sobresaltó cuando la puerta del secreto ascensor se abrió de nuevo. Archibald y Winifred aparecieron, acompañados de algunos de los laborantes. Winifred parecía a punto de gritar, de desmayarse. Archibald palideció cuando vio muerto al anciano. Le tocó la frente.

—Todavía está caliente... ¡Ve a buscar un cuchillo, corre! Galloway, ayúdeme a tender a Jacob en el suelo, y a desnudarle. ¡Vamos, vamos, no podemos perder ni un segundo!

En cuestión de segundos el cadáver de Jacob estuvo completamente desnudo. Era espeluznante... pero Archibald comenzó a palparlo por todas partes, frenético. Lanzó una exclamación cuando sus dedos apretaron las lacias carnes de un muslo del cadáver. Acto seguido señaló la cicatriz.

—¡Aquí está! —gritó—. ¡Lo tenemos!

Se quitó los pantalones a toda prisa. Todos estaban desconcertados... menos Roscoe Galloway, que comenzó a comprender... y soltó un respingo.

—¡Por todos los...!

—¡Aquí está el cuchillo! —Apareció Winifred.

Archibald se lo arrebató, se arrodilló de nuevo junto al cadáver, y, sin contemplaciones de ninguna clase, clavó el cuchillo cerca de la cicatriz. Abrió, cortó, rasgó... Entre la carne, apareció el pequeño objeto plano, rectangular, metálico...

—No lo toque todavía —jadeó Archibald—, pero cuando me haya hecho el corte a mí, saque el Artefacto *Boom* y colóquemelo.

—Pero...

—¿Se le ocurre alguna solución mejor?

—No —murmuró Galloway.

—Siga aunque me desmaye, ¿de acuerdo?

—No se preocupe. La haré.

Roscoe Galloway clavó el cuchillo en el muslo que Archibald

Arlington le ofrecía. El hombre de la CIA dio un brinco, se estremeció, palideció. Sin mirarlo, Galloway cortó un poco... y la lívida frente de Archibald se llenó súbitamente de sudor. Winifred estalló en sollozos. Galloway tragó saliva, y cortó más... Archibald Arlington cayó hacia atrás desvanecido. Roscoe terminó de hacer la herida lo suficientemente grande, y luego retiró del flaco muslo de Jacob el emisor de señales con baterías especiales que funcionaban con el calor del cuerpo, y lo colocó en la herida del muslo del hombre de la CIA, introduciéndolo bien en la sólida carne, mientras la sangre formaba un reguero tremendo hacia el suelo y se deslizaba por la pierna de Arlington.

—Merle, necesito vendas... ¡Merle!

Merle Barroughs respingó y corrió en busca de vendas, mientras Galloway, apretando los bordes de la herida dentro de la cual estaba el Artefacto *Boom*, miraba a sus compañeros de laboratorio.

—¿Qué ha pasado abajo?

—Cuando llegamos nosotros, la señorita y él —señaló al desvanecido Archibald— quisieron subir y nos obligaron. Ella conocía ese ascensor —señaló hacia atrás—, y subimos por él. Creo que dos locos estaban destrozando toda la instalación del millón de americanos, y nos han dejado sin... semilla para esos proyectos. Pero han tenido un justo castigo. Mientras lo destrozaban todo golpearon un cable de alta tensión, y han quedado achicharrados. Hay muertos en el pasillo... ¡Todo esto es horrible, Roscoe!

—Pues aún no lo sabéis todo. Si este hombre no hubiese comprendido el... truco de Stewart-Frazer, quizá pronto saltaríamos todos en pedazos. Bueno, en cenizas. El objeto que acabo de introducir en su pierna es, por decirlo así, el detonador de una bomba atómica de veinte megatones. Evidentemente, emite una señal que no sé adónde va a parar exactamente, pero que habría activado la bomba en cuanto hubiese dejado de emitirse. O sea, en cuanto el cuerpo de este pobre hombre se hubiese enfriado. Por eso, para proporcionar un lecho caliente al detonador, Arlington se ha dejado abrir la pierna. Esperemos que dé resultado...

—¿Y si no?

—¿Si no? —sonrió agriamente Galloway—. Bueno, si esto no da resultado, no tenemos por qué preocuparnos demasiado por el futuro: tenemos a Nancy prácticamente bajo las narices... y ya, ni

siquiera tendría la... disculpa de que esa explosión pondría en órbita a un millón de americanos... verdaderamente extraordinarios.

ESTE ES EL FINAL

Eres extraordinario —rió Winifred—. ¿A qué te dedicas ahora?

Archibald Arlington terminó de cerrar la ventana del *bungalow* alquilado en la playa de Waikiki Beach, Honolulu, y se acercó a la muchacha, que, de pie junto a la cama, ataviada con una deliciosa camisita de dormir, manos a la espalda, le contemplaba interesada.

—Vamos a ver. —Masculló—. Resulta que quien te recomendó a mí fue un amigo de tu padre, que a su vez es amigo del subdirector de la CIA, y que, precisamente, había oído hablar de mí en términos elogiosos que me aseguraban un pronto ascenso... que ya se ha cumplido. ¿Correcto?

—Correcto —asintió Winifred.

—Vale. Resulta que como yo, naturalmente, no iba a meterme en un lío semejante sin avisar a mis superiores, había cerca de la factoría, en efecto, un grupo de compañeros de capa y espada, que dominaron definitivamente la situación, avisaron luego a unos técnicos que desmontaron a Nancy, y que, por lo tanto, evitaron que Chicago se convirtiese en cenizas. ¿Correcto?

—Correcto.

—Resulta que en estos días, mientras se curaba mi pierna, has llegado a comprender que el pobre Jacob descansa por fin en paz, y la aguda tristeza del principio ha cedido. Así que, enterrado Jacob, leído el testamento, todo en orden, nos hemos casado esta mañana antes de salir hacia las Hawai. ¿Correcto?

—Correcto.

—Resulta que Merle y Roscoe se han casado ya, pero que de momento han decidido quedarse en casa, cuidando de «Dog» y «Popsy» mientras se dedican a pensar en lo que harán con los cinco millones de dólares que Bis dejaba a Merle en el testamento... y que

tan largamente se ha ganado en veinte años. ¿Correcto?

—Correcto.

—Bueno, bueno, bueno... Así que todo está en orden, no hay nada pendiente, estamos casados, y tenemos derecho a nuestra luna de miel. ¿Correcto?

—Oh, Archie, por favor... ¡Sí, sí, correcto!

—Vale. Pues entonces, te diré a qué me estoy dedicando ahora: a cerrar puertas y ventanas, a desconectar el teléfono, a poner todos los obstáculos posibles a quien pueda ocurrírsele interrumpirnos también en esta ocasión. Y te diré por qué: ya que fracasó el intento del millón de americanos, me creo obligado a proporcionar al mundo por lo menos uno de ellos. ¡Y no quiero que nadie de este mundo desagradecido pueda interrumpirme en el intento! ¿Está claro?

—Sí, Archie.

—Bien. ¿Y estás de acuerdo?

Winifred sonrió. Archibald la tomó por los hombros, la acercó y la besó en la boca... De pronto, la apartó vivamente, sobresaltado.

—¡Wini! —gimió—. ¡El perfume! ¡Nos hemos olvidado del perfume...!

Ella retiró las manos de la espalda y mostró lo que sujetaba con una de ellas. Archibald se quedó mirando el frasquito de perfume, y luego miró los relucientes ojos de la muchacha.

—¿Por qué no te lo has puesto ya? —murmuró.

—Pensé que te gustaría ponérmelo tú.

El hombre de la CIA tomó la botellita, la miró, la remiró... De pronto, la tiró a un lado y volvió a abrazar a su esposa.

—A decir verdad, me gusta más el perfume natural de tu piel... Volvió a abrazarla, la besó en la boca...

Segundos más tarde solamente, ambos se olvidaban por completo del mundo que les rodeaba.

¡Para lo que hay que ver en él...!

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

Notas

[1] Dog significa perro, en inglés. < <